REVISTA LATINOAMERICANA DE ECOFEMINISMO, ESPIRITUALIDAD Y TEOLOGIA

CON-SPIRANDO

afectos y poderes

Nº 16, JUNIO, 1996

Colectivo Editorial
Elena Aguila
Helen Carpenter
Bridget Lee Cooke
Josefina Hurtado
Mary Judith Ress
Ute Seibert-Cuadra
Luz María Villarroel

Gráfica y Diagramación:
Luz María Villarroel

Foto Portada:
Claudia Román

Impreso en Chile por:
Mosquito Editores
Miguel LeónPrado 182
Fono: 5565508

Con-spirando
Malaquías Concha 043
Casilla 371-11
Correo Ñuñoa
Santiago, Chile
Fono Fax: (562) 222 3001
E-Mail: conspira@reuna.cl

afectos y poderes
N° 16, junio de 1996

Indice

Editorial 1
Colectivo Editorial
"Había una vez..."conversaciones con la Bella Durmiente, Blanca Nieves y Ricitos de Oro 2
Mary Judith Ress
¿El amor como una trampa? algunas reflexiones feministas sobre el amor heterosexual 8
Marta Lamas
El dinero en la pareja 12
Clara Coria
Paula Becker a Clara Westhoff 15
Adrienne Rich
Nuestra relación con las/os niñas/os: más allá del palo y la zanahoria 18
Bridget Lee Cooke
Relaciones entre mujeres: el deseo de la madre, la sororidad, el affidamento 28
Elena Aguila Z.
Misterio de hermanas
Adrienne Rich
Enemistad y sororidad
Marcela Lagarde
Un nombre para la relación de Ruth y Noemí
Feminista y católica: una reflexión acerca de las relaciones (im)perfectas 37
Bridget Lee Cooke
Dios: ¿poder en relación? 40
Ute Seibert-Cuadra
Retomando la palabra:
Poder 44
Retomando lo sagrado
Todas/os comerán del poder 46
Haciendo las conexiones
Cartas 48
Voces 49
Retrato 50
Recursos 51
Contactos 52

Llegamos a ser mujeres u hombres en un entramado de relaciones—interpersonales, con determinadas instituciones, con la naturaleza. Relaciones por las que circulan afectos y poderes: perturbadora mezcla, cuyo impacto en nuestras vidas no siempre llegamos a dilucidar.

Nos preguntamos: ¿cómo inciden en la constitución de las identidades de género el tipo de relaciones que establecemos—en el ámbito familiar, en la pareja, en el trabajo, en las iglesias, etc.?

Al buscar aquellos lugares en los que la cultura codifica la trama de relaciones en la que vivimos cotidianamente, nos encontramos con los cuentos de nuestra infancia. Los re-leemos y descubrimos que nos hablan de muchas de nuestras actitudes, expectativas y conflictos en el ámbito de las relaciones.

El amor y la pareja se nos aparecen como relaciones especialmente complejas en cuanto a las formas en que allí confluyen el afecto y el poder. Relaciones en las que se juegan muchos de los elementos centrales de las identidades de género —especialmente para las mujeres.

Seguimos esta exploración y nos detenemos a pensar en cómo nos relacionamos con las/os niñas/os. Cómo muchas veces reproducimos una historia de autoritarismo; cómo nos abrimos a nuevas maneras de entender—como comunidad humana—nuestra relación con ellas/os.

El ámbito de las relaciones entre mujeres se nos aparece inconmensurable y apenas nombrado. En primer lugar, la relación madre-hija. Después, su proyección en las relaciones de amistad, de trabajo, de *sororidad* y *affidamento* (dos palabras que incorporamos a nuestro vocabulario). Lo personal y lo político, entremezclados. A veces, con grandes conflictos; a veces, muy gozosamente.

Abordamos también las relaciones que establecemos con instituciones eclesiales y discursos teológicos. Relaciones "no-perfectas" y que, por lo mismo, nos desafían, nos interpelan en nuestras búsquedas espirituales y teológicas. También en nuestras búsquedas de nuevas maneras de entender, resistir y ejercer el poder.

A ver si así vamos liberando los afectos; transformando y haciendo circular los poderes. En el país (la sociedad, las instituciones) y en la casa (las familias, los amores, las amistades, la vida cotidiana).

Colectivo Editorial

Te invito a un nuevo diálogo con algunos de los personajes de nuestra niñez. Sospecho que la Bella Durmiente, Blancanieves y Ricitos de Oro, entre otras, siguen muy presentes dentro de nuestras memorias y pueden servirnos como instrumentos para interpretar nuestra experiencia de mujeres, en especial en cuanto a las maneras en que nos relacionamos con las/los demás. Estos cuentos "ofrecen parábolas de lo que tradicionalmente se esperaba que fuesen las mujeres, a la vez que constituyen una profecía de la metamorfosis espiritual que están llamadas a experimentar", nos dice Madonna Kolbenschlag. Releer sus reflexiones sobre estas "hermanas" fue para mí una oportunidad de hacer un recorrido por mi propia "metamorfosis espiritual". Quizás quieras hacer tu propio recorrido...

"HABIA UNA VEZ...": conversaciones con la Bella Durmiente, Blancanieves y Ricitos de Oro*

Mary Judith Ress, edit.

*Basado en el libro de Madonna Kolbenschlag, *Adios, Bella Durmiente. Crítica de los mitos femeninos* (Editorial Kairós, Barcelona, 1993).

La *Bella Durmiente*: de la pasividad al despertar

Uno de los cuentos de hadas más conocido y más repetido de la cultura occidental es el relato de la *Bella Durmiente*. En el plano psicológico, el cuento constituye visiblemente una parábola del inicio de la pubertad y la confrontación con la sexualidad. En otro plano, la *Bella Durmiente* es, ante todo, un símbolo de la pasividad y, por extensión, una metáfora de la condición espiritual de las mujeres que tienen vedado el acceso a la autonomía y la trascendencia, la autorrealización y la capacidad ética, en un entorno de dominio masculino.

Vemos a las *bellas durmientes* en las aulas de los colegios, retorciéndose las trenzas con la mirada perdida al otro lado de los ventanales. Las vemos en los despachos, archivando enormes pilas de papeles mientras lanzan ansiosas miradas al reloj. Las vemos en las lavanderías, en los supermercados, en los salones de belleza, en los autobuses. Dondequiera que se encuentren, siempre las vemos jóvenes, ansiosas, lánguidas, aburridas, insatisfechas consigo mismas (y cuando ya no son tan jóvenes, su aburrimiento se trueca en autodesprecio y su ansiedad en depresión). Todas presentan un rasgo en común: están convencidas de estar aguardando algo. Se sienten en la antesala de la vida. Sin embargo, ésta de hecho ya se ha iniciado y comienza a dejarlas atrás, mientras sus energías se atrofian. Son *bellas durmientes* que quizás nunca llegarán a despertar.

¿Cuándo empieza este proceso? Todo comienza con las fantasías de un hombre y una mujer jóvenes sobre su futuro bebé. Las proyecciones parentales afectan a la niña no nacida ya mucho antes de su incorporación real a las vidas de sus progenitores. Posteriormente, como sea que se relacione un padre con sus hijas, en general mantendrá una relación muy distinta con sus hijos. Otro tanto le ocurre a la madre. Desde el primer momento, todo clama "viva la diferencia" para la criatura. Con esta diferenciación se inicia el "encantamiento" que pesa sobre la joven, comienza la gradual contracción del mundo autorizado para sus fantasías, de los roles a los cuales se le permite aspirar. Más adelante, y con creciente intensidad, el medio cultural y la presión de sus pares contribuirán a inhibir a la niña, frenando su brío y su individualidad. La presión del grupo de pares y las actitudes culturales también moldearán al niño, pero en sentido contrario, alentándole a mostrarse competitivo, dinámico e individualista. En general, se ofrece a los niños muchas más oportunidades de resolver problemas y modificar su entorno. Los niños practican más actividades físicas, que les permiten poner a prueba continuamente sus límites. Las niñas suelen practicar juegos más sedentarios, que a menudo constituyen una anticipación de su futuro rol social.

La fase de "marimacho" que a menudo precede a la pubertad, constituye, para muchas chicas, la última irrupción de una personalidad individualizada antes de caer en el modelo de la "belleza" y el inevitable "sueño" de la psique femenina. Poquísimos niños, por no decir ninguno, desean en algún momento ser niñas. En cambio, hacia la mitad del período infantil, un gran número de niñas manifiestan una preferencia por los roles masculinos, acompañada de grados variables de decepción con la condición que supone la pertenencia al género femenino. La niña que actúa como un chico trasciende temporalmente esta condición y consigue disfrutar de lo mejor de ambos mundos. Durante un breve período, que tal vez no volverá a repetirse en toda su vida, se convierte en el arquetipo andrógino de la doncella guerrera y aventurera. Pronto verá sacrificada esta parte de su ser.

Toda niña interioriza rápidamente dos tipos de "persona", que podrá experimentar exhibir ocasionalmente, en preparación para el futuro. Más

adelante, cuando sea una "mujer", se especializará en uno de estos roles, o tal vez oscilará entre uno y otro. Una "persona" es la del *objeto deseable*. La segunda "persona" en el repertorio de la niña es la que encarna el deseo de *vivir para otro*. Este rol la adiestrará en la abnegación, la entrega y el sacrificio. Le enseñará, sobre todo, a "dormir": a aguardar, eternamente si es preciso, la aparición del esperado *otro* que habrá de dar sentido y plenitud a su vida. Cuando llegue el esperado, renunciará a todo, incluso al derecho a crear su propia identidad. Trátese de un marido, una religión o una revolución, estará dispuesta a vivir fuera de sí misma, a abdicar de su responsabilidad para consigo misma en aras de otra cosa u otra persona.

Con el inicio de la pubertad, el rol femenino se convierte en un imperativo; han concluido los ensayos y ahora comienza la verdadera representación en el escenario de la vida real. La jovencita se reviste de modo permanente con las "personas" o máscaras con que ha estado experimentando durante la niñez. El potencial creativo de autorrealización comienza a difuminarse progesivamente a medida que la joven se deja absorber por las preocupaciones por su cutis, su popularidad y sus "pretendientes" (o la carencia de éstos). Una dimensión de su personalidad queda anestesiada, dormida, quizás para siempre. Al cumplir los diecisiete años, muchas jovencitas ya han renunciado a sus ambiciones en aras de una creciente necesidad de afecto y han trocado su autonomía por una dependencia emocional de la aprobación y buena voluntad de otras personas. El encantamiento ha surtido efecto y la joven, atraída por la promesa de la "belleza"—de ser deseable—se sumerge en un limbo existencial, donde todo se mide en términos de las expectativas de aquél que un día ha de llegar.

¿Has sido tú, de alguna manera, en alguna etapa de tu vida, una "Bella Durmiente"? Yo recuerdo mi época de "marimacho" cuando quería ser piloto, vaquero—cualquier cosa, menos profesora, enfermera o secretaria (las únicas posibilidades para una mujer de mi tiempo). Qué horror sentía al ver crecer mis pechos y darme cuenta que muy pronto ya no podría jugar fútbol con mis amigos, ser uno más de la pandilla... Estuve tan enojada de haber nacido mujer...

Blancanieves: relaciones entre mujeres

El relato de *Blancanieves* puede encontrarse, con distintas variantes, en casi todas las lenguas y culturas—sin duda porque constituye una descripción metafórica de la relación más fundamental en la experiencia humana: el vínculo madre-hija.

Si la malvada madrastra representa el elemento vivencial central del cuento de *Blancanieves*, el espejo que siempre dice la verdad es el más simbólico. Es el ícono del narcisismo y la envidia que constituyen el núcleo emocional del relato. Muchas versiones del cuento empiezan con una reina que anhela tener una hija, un reflejo de sí misma. La reina ve cumplido su deseo y al poco tiempo muere; entonces entra en escena la madrastra; la imagen de la madre "mala" emerge de la "buena".

La mitología sobre la condición femenina ha creado en las mujeres el sutil prejuicio de que las relaciones entre mujeres por fuerza han de ser triviales, inconstantes, poco claras y poco sinceras. Las mujeres han llegado a creer que es más fácil entenderse con los hombres, que éstos son más claros y leales y, sobre todo, más interesantes. Psicológicamente desconectadas de su grupo natural de pares existenciales, privadas de un adiestramiento básico en la creación de "vínculos de afinidad", las mujeres se ven obligadas a funcionar como sistemas de apoyo individuales para las actividades y redes de relación masculinas. En otras palabras, la alienación básica de la psique femenina no es su distanciamiento del mundo de los hombres, sino de la amistad con otras mujeres. ¿Cómo se origina esta situación? ¿Quién le ofrece a la mujer la manzana envenenada, quién la empuja a refugiarse en un mundo de subordinación psíquica a los hombres?

Aquí entra en juego la figura de la madre. La hija intuye muy pronto la ambivalencia de los mensajes que recibe de ella: "Soy tu madre. Todo cuanto hago, lo hago porque te quiero" ("hago algunas cosas porque es lo que se espera de mí; a veces me molestan estas obligaciones por el cambio que introdujiste en mi vida"). "Eres mi hija. Me gusta verme reflejada en ti" (me desagradan algunas cosas que veo en ti, como reflejos de mi propio autodesprecio y de mis temores"). "Quiero que ames tu cuerpo" ("pero no me siento cómoda con el mío"). "Quiero que seas autosuficiente" ("pero no desagradecida; quiero que me necesites siempre"). "Quiero que llegues a ser algo, que reafirmes tu personalidad" ("pero no quiero que no seas femenina"). "Quiero que llegues más allá de donde pude llegar yo" ("pero nadie puede tenerlo todo"). De este modo, las primeras "señales" que aprende a detectar una hija en su madre son señales de ambivalencia sobre lo que significa ser mujer. La madre transmite a su hija lo que ha sido descrito como "el temor a ser mujer".

Ante esta situación, por lo general, al igual que en los cuentos de hadas, escindimos la imagen de nuestra madre en dos: la "madre buena" nutricia, que concebimos como nuestra verdadera madre, y la "madre mala" destructiva, que asociamos con las demás mujeres, a quienes creemos incapaces de amor maternal: el arquetipo de la madrastra.

Nuestra madre es el primer espejo en el cual nos contemplamos en busca de autoconfirmación. El reflejo que nos devuelve a menudo es ambivalente y distorsionado, y esto nos hace vacilantes e inseguras en la búsqueda de otros espejos, de otras mujeres en las cuales reflejarnos. Tanto si las buscamos como almas gemelas o como un modelo, probablemente nos aferraremos a ellas como a una tabla de salvación, en vez de confiar en nuestra propia capacidad de salir a flote. Por tanto, inevitablemente esperamos demasiado, o demasiado poco, de nuestras relaciones con otras mujeres. Los efectos de la socialización femenina merman considerablemente nuestra capa-

cidad de auténtica *sororidad*.

La hija, emponzoñada sin haber hecho nada para merecerlo, se abandona en cierto modo a una muerte aparente. Ha probado la fruta envenenada. ¿Qué podría salvarla? Tal vez, el primer paso, para cualquier mujer, sea exorcizar la relación con su propia madre, muerta o viva, real o mítica, afectuosa o distante. El segundo, exorcizar sus relaciones con otras mujeres y el riesgo de aproximarse a ellas, y también a los hombres, en términos de auténtica amistad. Ambos proyectos requieren que previamente se despoje de las capas de socialización femenina que han emponzoñado esas capacidades.

Te invito a "exorcizar la relación con tu propia madre". La mía, que murió relativamente joven, fue más como una "hermana" que como una madre. Todo el mundo comentaba que más parecíamos hermanas que madre e hija. A estas alturas de la vida, pienso que ella se sentía más cómoda en una relación "entre hermanas" —era la mayor de dos hermanas. Era una madre joven—bastante volcada hacia su profesión de enfermera—y sospecho que tenía algo de resentimiento contra la hija (yo) que vino inmediatamente después de casarse. Por mi parte, aunque me sentía orgullosa de mi mamá (por ser tan joven y bonita), pasé una gran parte de mi niñez y adolescencia buscando una madre que actuara como tal... Quizás mi abuela jugó este papel...

Ricitos de Oro: la búsqueda de la familia perfecta

Ricitos de Oro es en realidad una fábula moral. La historia carece de algunas de las características de un cuento de hadas, en particular el esperado final feliz. En este cuento, la protagonista acaba igual que al principio—"perdida" dentro del bosque. La moraleja es clara: no debe invadirse el espacio privado ajeno y la propiedad privada es sagrada (la insistencia en el tema de la propiedad confiere una cualidad moderna al cuento). Históricamente, en las versiones de finales del siglo pasado, el énfasis temático se desplaza de los osos a *Ricitos de Oro*. En vez de un relato centrado en la respuesta familiar-tribal ante una intrusión, el cuento gira cada vez más en torno a la figura altamente individualizada de una intrusa.

En un plano personal y psicológico, *Ricitos de Oro* constituye una parábola de la experimentación de roles y la búsqueda de la propia identidad. La personalidad en desarrollo debe experimentar con muchos roles, con diversos modos de relación con el prójimo, para finalmente desechar las máscaras y guiones que no le cuadran a fin de crearse un yo original. Al principio, *Ricitos de Oro* está "perdida en el bosque", un símbolo arquetípico que expresa la "necesidad de encontrarse". Luego se prueba todas las personas-oso en busca de una que le vaya bien. Finalmente, *Ricitos de Oro* se come el contenido del plato de Bebé Osito, se sienta en su sillita y se queda dormida en su camita. Sólo le cuadra el rol de niña. Al final es descubierta. Como muchas de sus hermanas en la vida real, *Ricitos de Oro* es acusada de un acto de regresión, de abdicación de su autonomía, de no hacerse responsable de su propia vida.

Si damos por sentado que *Ricitos de Oro* simplemente se equivocó de casa y que un día encontrará una a su medida, siempre seguirá siendo una persona inacabada, incapaz de aprender, destinada a pasar continuamente por el mismo proceso de iniciación, afiliación, transferencia, siempre en el umbral de la plenitud y la felicidad, sin llegar a traspasarlo nunca. Pero si optamos por una lectura más dinámica de la historia, *Ricitos de Oro* aparece como un símbolo de trascendencia único entre las heroínas de los cuentos de hada. Su regreso al bosque es la fuente de su fortaleza. Ninguna

relación es suficiente por sí sola para completar su vida. Regresa a la soledad esencial que constituye la base de las relaciones autónomas, la soledad que es un principio de mediación entre la intimidad y la privacidad, la asunción de un rol y la identidad, la afiliación y la autorealización. *Ricitos de Oro* está en su casa en el bosque.

Sin embargo, cabe recordar que nuestra sociedad espera que todo el mundo se case. La vida social, pública o privada, está organizada en torno a la pareja casada. La díada romántica es la relación arquetípica en nuestra cultura y quienes no se "emparejan" de manera legal y definitiva continúan siendo considerados como "desertores" o "desertoras" en una cultura que sigue el modelo del Arca de Noé. La soltería prolongada siempre se considera sospechosa, sobre todo en una persona de más de treinta años: por fuerza ha de ser misántropa o libertina, secretamente homosexual o irremediablemente reprimida.

Las mujeres, en particular, suelen quedar exentas del necesario adiestramiento en la soledad que es crucial para poder mantener relaciones autónomas auténticas. Su patrón de vida característico supone el tránsito directo de la juventud y la vida familiar al matrimonio y la crianza de los hijos e hijas. Se les niega, así, la experiencia de la soledad conscientemente escogida, que puede ser creativa además de terapéutica.

El efecto "expansivo" de la soledad, deliberadamente elegida por lo que en sí misma representa, también abarca la capacidad de relación. Una persona cuya vida no está orquestada por un agotador compromiso exclusivo con una persona o una familia suele interesarse más por la gente en general, incluidas las personas distintas a ella, desconocidas, recién llegadas, diferentes.

Quizás el mayor desafío en la vida de la persona sola es la tarea de crearse una red de relaciones con otras personas. Estas redes recuerdan a menudo el antiguo concepto de la "familia extensa" y ofrecen apoyo nutricio, potencial de ayuda en períodos de crisis y una oportunidad de compromiso mutuo, respetando al mismo tiempo el deseo básico de conservar la propia privacidad y autonomía. Estos mini-sistemas son necesarios, pero a menudo difíciles de lograr. Una red de amistades es necesaria para la estabilidad emocional de cualquiera, pero para las personas solas es indispensable.

Cada persona va, así, por la vida, en busca de una "familia perfecta" capaz de reflejar la imagen que llevamos dentro, capaz de nutrirnos y apoyarnos, y que a nuestra vez podamos contribuir a crear y moldear, donde poder sentirnos a nuestras anchas, que permita la expansión constante de nuestro ser. Estas relaciones están sujetas a una constante mutación. Apenas hemos explorado los límites de una cuando ya nos encontramos precipitadas en otra, en una nueva constelación. Siempre somos la extraña, la intrusa. Somos la criatura inocente de cabellos de oro. Nos alejamos de unas cosas, nos aproximamos a otras, mientras vamos transformándonos. No aportaremos nada a estos encuentros si no llevamos a ellos nuestra propia soledad. El bosque se extiende detrás y también por delante.

¿Qué es para ti "la familia perfecta"? Yo he probado la vida religiosa que combina una vida de comunidad con una disciplina de soledad, meditación y contemplación muy bella. Sin embargo, actualmente estoy casada con David, que mucho más que marido, es amigo y compañero, y tengo dos hijos jóvenes que cada día me necesitan menos. A fin de cuentas, veo que la vida religiosa es algo monótona sin los hombres; a la vez, veo que la familia nuclear también es muy limitada. Debe haber una manera de reagruparnos en clanes, tribus, comunidades ecológicas...

¿EL AMOR COMO TRAMPA?:

algunas reflexiones feministas sobre el amor hetero-sexual

Marta Lamas*

Con la aparición del nuevo feminismo—a mediados de los años sesenta en Estados Unidos y Europa y a principio de los setenta en México—se abrió una diferencia tajante en el debate sobre el amor: por un lado se dio un duro cuestionamiento al amor heterosexual y, por el otro, hubo un descubrimiento y ensalzamiento del amor lesbiano. Desde entonces hasta la fecha la glorificación del amor lesbiano ha pasado por muchos cambios, profundizando el análisis y enriqueciendo ampliamente sus matices. Tal proceso no ha tenido su contraparte heterosexual. Todavía hoy el análisis feminista del amor heterosexual sigue atorado en la denuncia de los mecanismos de opresión y explotación machista y apenas ha rozado las profundas implicaciones y dimensiones de las relaciones amorosas entre hombres y mujeres.

Desde sus inicios un punto vulnerable del análisis y de la práctica feminista ha sido la relación con los hombres. Las dificultades, tanto personales como del movimiento en su conjunto, para definir la relación política y redefinir la relación personal con el otro sexo han estado teñidas de elementos emocionales, desde el odio hasta el amor, pasando por el miedo, la agresión y la ternura. El tema de la relación con los hombres

*Marta Lamas, antropóloga y periodista, es la directora de la revista editada en México, *Debate Feminista*. El presente artículo es una parte de "El amor como trampa. Una crítica feminista al amor heterosexual", publicado en *FEM* 26 (1983): 20-3.

se ha vuelto un asunto incómodo a debatir y reflexionar colectivamente.

El amor: ¿fundamento de la opresión femenina?

Una de las pioneras del feminismo radical, Shulamith Firestone, se preguntaba (en su libro *La dialéctica del sexo)* por qué nadie había analizado la relación entre el amor y las mujeres e, inmediatamente, pasaba a dar la siguiente explicación: "el amor y las mujeres son los pilares de la cultura; examinarlos es amenazarla". Señalaba que "un libro sobre feminismo revolucionario que no tratara sobre el amor sería un fracaso político" puesto que "el amor, quizás más que la maternidad, es uno de los fundamentos de la opresión femenina".

Pero Firestone se equivocaba al decir que nadie había analizado esa relación. Ella olvidaba las reflexiones de nuestras antecesoras, las sufragistas y las primeras feministas, sobre la estrecha vinculación entre el amor y la sumisión, entre la dependencia emocional y el encierro doméstico. Las reflexiones de aquellas feministas, vertidas principalmente en sus diarios y sus cartas, son el inicio de una línea de pensamiento crítico que llega hasta nuestros días con pocas variaciones sustanciales y con múltiples reinterpretaciones históricas: el señalamiento de cómo la desigualdad entre los sexos hace imposible una verdadera relación amorosa y la denuncia del discurso galante—y de la cultura del romance—para mantener sometidas en el ámbito doméstico (y realizando el trabajo correspondiente) a la mayoría de las mujeres.

Mucho se ha escrito sobre esta línea de reflexión, refiriéndola principalmente al lugar y la función de la mujer en la familia, pero ha habido pocas aportaciones que empiecen a desentrañar el contenido del amor heterosexual. En este sentido, quisiera rescatar un trabajo que considero vigente y provocador: el capítulo XII "La enamorada", del segundo tomo (*La experiencia vivida*) de *El segundo sexo* de Simone de Beauvoir.

El amor, una abdicación

La visión feminista de De Beauvoir convierte su análisis en la primera crítica del feminismo contemporáneo al amor: "La palabra amor tiene distinto sentido para uno y otro sexo, de donde surgen los serios inconvenientes que suelen separarlos... Aun si la independencia está permitida, el amor es el camino que parece más atrayente para la mayoría de las mujeres, pues les resulta angustioso asumir la responsabilidad de su vida. El amor, una abdicación. Elegir el amor es elegir el camino más fácil; la mujer en vez de luchar por su cuenta, se deja llevar. La mayoría de las mujeres buscan volverse niñas, reencontrar quien proteja su desamparo, buscan la dominación".

De Beauvoir detalla lúcidamente, a lo largo de varias páginas, el proceso de enamoramiento de las mujeres: "La excitación (sexual) de la mujer se prolonga en sentimiento; un sentimiento intemporal y absoluto, que justifica el goce y permite que la mujer se abandone. Cuando recibe al hombre amado (en su cuerpo) la mujer es glorificada. Las mismas palabras escapan de los labios de la santa arrodillada y de la enamorada acostada en el lecho: adorado mío, mi señor, mi Dios; en las dos se da el mismo deseo: existir soberanamente en el seno del otro. Para realizar la unión extática entre ambos y abolir todas las fronteras, la mujer desea servir, responder a las exigencias del amante. La mujer enamorada se tiraniza a sí misma en nombre del amante. Es necesario que todo lo que es, todo lo que tiene y todos los instantes de su vida le sean consagrados al hombre y así encuentra su razón de ser. Toda la realidad está en el otro".

El amor se realiza, así, "en las alegrías ásperas de una abnegación que conduce con frecuencia a la automutilación. La mujer exagera el don de sí misma hasta la tortura. Pasa fácilmente del entusiasmo generoso a la ira masoquista. Como la enamorada no puede sublevarse contra el amante, por lo mucho que lo ama, entonces se subleva contra sí misma". Y como "el amor procura el olvido de sí en favor

Tohilo Albert

del objeto amado", la mujer intenta vivir a través del hombre: "ver con sus ojos, vivir su mundo... La felicidad suprema de la enamorada es ser reconocida por el hombre amado como parte de sí mismo".

¿Fuente de vida o mortal peligro?

En el análisis de De Beauvoir hay, además, algo que se ha ido perdiendo, o deliberadamente dejando de lado, en los trabajos de las feministas de hoy: un intento por entender al otro, al hombre. De Beauvoir señala cómo "La generosidad de la mujer enamorada se vuelve una exigencia. Si ella le dedica todos sus instantes, es necesario que él esté presente a cada instante. Al hacerse su esclava ha encontrado el medio más seguro para encadenarlo. Así el amor no es un don, es una tiranía. La aceptación de ese amor es un compromiso que amarra al amante. El hombre, cuando ha obtenido lo que desea, se satisface; pero no hay límites para la exigente abnegación de la mujer. El hombre se vuelve, a pesar suyo, tirano y verdugo. El hombre no necesita la abnegación incondicional ni el amor idólatra; los dones de las mujeres lo fatigan". Ante las expectativas sin límite de la mujer se dan las decepciones, también sin límite.

Ella concluye su crítica con su ya famosa frase: "El día en que la mujer puede amar con su fuerza y no con su debilidad, no para huir de sí misma, sino para encontrarse, no para renunciar, sino para afirmarse, entonces el amor será tanto para ella como para el hombre, una fuente de vida y no un mortal peligro".

Lo innombrable

Si retomamos el planteamiento hecho por Simone De Beauvoir hace treinta y tres años—que la mujer enamorada

es un ser humano necesariamente conflictuado, primero por la naturaleza misma del amor y, segundo, por la facilidad con la que el amor se convierte en trampa para ella, al extremo de proveerla con la excusa perfecta para estar satisfecha sin su libertad—vemos que el feminismo ha avanzado poco en ese análisis.

Para casi todas las mujeres que participaron en el movimiento, el feminismo supuso un cambio determinante en su perspectiva de la vida—una iluminación—que las llevó a conseguir un cierto margen de liberación en sus vidas personales. El análisis feminista fue fundamental para entender cómo fenómenos sociales—el desequilibrio de poder entre los sexos o la subordinación femenina—operaban dentro de las relaciones amorosas. Pero si bien el feminismo depuró ciertas cuestiones, al identificar procesos y características sexistas en las relaciones personales, también instituyó esquemas y postuló modelos. Uno fue el que la supuesta igualdad entre las mujeres facilitaba una relación amorosa sana entre ellas; otro, menos fundamentado, pero igual de difundido, era que la característica política de opresores de los hombres, en general, hacía imposible una relación igualitaria con ellos. Hoy sabemos que las cosas no son así de maniqueas. Entre las mujeres, lesbianas o no, hay relaciones de poder y de subordinación; y también hay posibilidades de construir otro tipo de relaciones con los hombres.

El feminismo ha ayudado a establecer demandas igualitarias y de reciprocidad dentro de una relación de pareja; ha facilitado el análisis de las expectativas de cada persona sobre la relación y sobre el otro; ha permitido que se cuestione; con una nueva argumentación, el manejo de los roles dentro de la relación. Pero hay todo otro terreno al que no ha logrado tocar: el amor que se expresa por el deseo/necesidad de fusión con el otro, por la pasión, las fantasías eróticas, los celos, en fin, lo innombrable.

En una relación de pareja parecen distinguirse dos niveles: lo que atañe a la organización social, los mecanismos y pautas de relación, por un lado y por el otro, el amor. Lo que el análisis feminista parece haber hecho es un acercamiento al primer nivel; pero, al confundirlo con el segundo, ha negado a éste. Al identificar el amor con los mecanismos de la relación se ha logrado una reducción del problema y se ha evadido su complejidad: ¿de qué se compone el flujo oscuro y subterráneo del deseo? No basta ni la práctica militante, ni la voluntad para entenderlo. Es otro el terreno. Tal vez la literatura y la poesía feministas han tocado más de cerca este punto que el análisis político.

El feminismo se ha propuesto entender y explicar la experiencia global de las mujeres; pero ha dejado fuera el amor heterosexual. Hasta ahora el feminismo no ha permitido—no por una censura o prohibición expresa, sino por su dinámica—la expresión del amor por los hombres; los sentimientos y emociones de muchísimas mujeres han quedado en silencio. El feminismo no puede establecer un comportamiento amoroso o sexual ideológicamente correcto; si lo hiciera sería un discurso ideológico y no la propuesta liberadora que es.

La complejidad de un fenómeno como el amor—hetero u homosexual—supera la posibilidad de una explicación totalizadora única. Son varias las disciplinas que deberán conjuntarse para lograr una aproximación; el análisis feminista debe estar presente. Para ello es imprescindible que las mujeres, y las feministas en particular, se expresen. Ya es hora de hablar del placer que lleva consigo el abandono amoroso, del erotismo que despierta el cuerpo del hombre amado, del placer de la penetración, de la vigencia de la pasión avasalladora. El amor por un hombre, amor no para aniquilarse como persona, sino para gozar de la "unión extática" y de lo que Marie Langer llama la potenciación amorosa (la fuerza creativa del amor), es una realidad de la que poco se ha hablado. Empecemos a hacerlo.

EL DINERO EN LA PAREJA

Clara Coria*

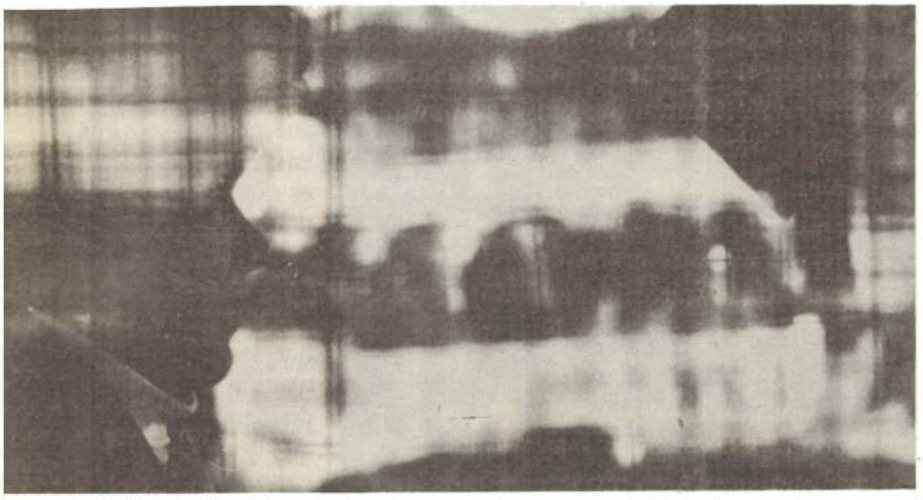
Decir que el tema del dinero es complicado para nosotras las mujeres, es decir muy poco. ¿Qué asociación inmediata hacemos con el par mujer/dinero? ¿Qué nos pasa cuando nos piden que pongamos precio a nuestro trabajo? ¿En qué invertimos nuestro dinero producto del trabajo remunerado? ¿Cómo nos sentimos cuando necesitamos pedir dinero? ¿Cómo nos posicionamos al hacer una petición de dinero? Cualesquiera sean las respuestas que demos a estas preguntas, ellas tendrán que ver con el tipo de relaciones que hemos construido en nuestra vida cotidiana, tendrán que ver con las imágenes de mujeres y hombres que tengamos como referencia, tendrán que ver con la reproducción de sistemas de poder de orden más general. Tratar de responder a estas preguntas nos enfrenta a la realidad o fantasía de nuestra autonomía y a la realidad o fantasía de nuestra dependencia.

Llevado al plano de la pareja, la forma en que se maneje el tema del dinero refleja claramente tipos de relación y formas de ejercer el poder. Reflexionar sobre el tema del dinero en la pareja, hacernos las preguntas a partir de nuestra vida cotidiana, desnudar las relaciones, es la invitación que nos hace Clara Coria a través de sus libros. Ella nos invita a "hacer visible lo invisible, lo cual a menudo nos coloca en la difícil situación de quebrar ciertas armonías ilusorias". Del amplio material de los escritos de esta autora y de las múltiples formas de abordar este tema, seleccionamos una de las tácticas que dentro de la relación de pareja perpetúan una relación de desigualdad que mantiene atrapados a ambos géneros: la metodología del goteo.

*Clara Coria, psicóloga argentina, es autora de *El sexo oculto del dinero. Formas de la dependencia femenina* (B. Aires: Paidos, 1986) y *El dinero en la pareja. Algunas desnudeces sobre el poder* (B. Aires: Paidos, 1991). Los textos de este artículo han sido tomados de este último libro.

Un diálogo desigual

La *metodología del goteo* frecuentemente se fundamenta en la convicción de que el otro, muy a menudo la mujer, es un individuo que carece de capacidad organizativa y cuya demanda insaciable obliga a que se le ponga control; al mismo tiempo se la debe proteger, ya que de lo contrario caería víctima de su propia imprevisión. La *metodología del goteo* contribuye a perpetuar un juego mutuo de poder y dependencia. Juego que se repite día a día y que aparece en diálogos tan frecuentes como el que sigue:



-Querido, ¿me das dinero?
-¿Otra vez? ¡Pero si te di ayer!
-Es que no alcanzó.
-¿En qué lo gastaste?

En primer lugar, lo menos que podemos decir es que este diálogo reedita aquellas situaciones infantiles en donde uno era muy grande y el otro era muy pequeño. Y la distancia entre ambos, enorme. Una distancia marcada por la edad, por la dependencia irremediable del más pequeño y por la jerarquía adscrita al rol del más grande que lo convertía en autoridad indiscutida e incuestionable. Reedita aquellas situaciones infantiles donde el pequeño pedía y el grande otorgaba (o no); donde el pequeño reclamaba y el grande se hacía rogar; donde el pequeño irritaba y el grande se exasperaba. Reedita un *diálogo desigual.* Desigual en tamaño, desigual en recursos y desigual en poder. *Es un diálogo que fundamentalmente reedita la desigualdad de la dependencia.*

Una segunda aproximación nos lleva a ahondar en esto de la jerarquía, es decir, en lo que supone concebir las diferencias (cualesquiera que ellas sean) desde la óptica de la superioridad. En otros palabras, a pensar que las diferencias entre niños y adultos, mujeres y hombres, negros y blancos, pobres y ricos son *diferencias jerarquizadas* que definen a unos como inferiores y a otros como superiores. Diferencias que se institucionalizan al decretar la dependencia de los primeros y el poder de los segundos como una consecuencia supuestamente "natural" de los lugares en que se sitúan por edad, género, raza o posición económica. Esta concepción jerárquica está implícita en el diálogo que contiene la cotidiana petición de dinero, porque uno de ellos se arroga el derecho de decidir por los dos al disponer de los recursos que pertenecen a ambos.

Y, finalmente, como en una película que anticipara las escenas finales, podemos suponer (y comprobar en nuestra realidad circundante) algunas de las consecuencias derivadas de instaurar y perpetuar una relación marcada por el poder no compartido. Mientras algunos hombres se arrogan el espacio de poder (y quedan prisioneros de la responsabilidad de proteger en nombre del poder que detentan), las mujeres de esos hombres, instaladas en la aceptación de la dependencia, usufructúan la comodidad que deriva de ser protegidas. Pero como no hay nada perfecto y todo tiene su costo, los hombres y las mujeres sangran por sus heridas en la *repetición de un diálogo que encubre ilusorias*

pretensiones mutuas. Ellos, la de ejercer un poder que no sea cuestionado ni genere resistencias, ni malestar, ni hostilidad en aquéllas sobre quienes se ejerce. Y ellas la de usufructuar una posición infantil que no vea afectada ni deteriorada su movilidad y autonomía. Difícil pretensión que envuelve a ambos en un modelo de relación autoritaria que irremediablemente conduce y genera hostilidad.

Alfredo Kirsch

En síntesis, podemos decir que este diálogo reedita una situación infantil y perpetúa una diferencia jerárquica cuyo mantenimiento (sostenido por ambas partes) se convierte en un búmeran que recarga al "poderoso" y empobrece al "protegido". Este diálogo es otra expresión de la *metodología del goteo*, que tan bien expresa la voluntad de poder a través del control.

Miedo al protagonismo

El éxito de esta *metodología del goteo* no es mérito exclusivo del afán de poder de los varones. Tampoco lo es de la comodidad que usufructúan las mujeres y de la cual los hombres se quejan a menudo con sobrada razón. Si bien es cierto que en esto de ceder espacios y dejarse controlar, frecuentemente la comodidad desempeña un papel importante, resulta ingenuo—y por demás esquemático—explicar exclusivamente basándose en la comodidad esta llamativa obsesión de las mujeres por mantener posiciones infantiles que contribuyen a su propio control. No sin sorpresa he comprobado, al abordar el análisis de las reflexiones de mujeres en relación a estos temas, que esta comodidad no es tan transparente como parece y oculta un profundo *miedo al protagonismo*. Un protagonismo que supone la exhibición distinta a la que están acostumbradas y condicionadas las mujeres, que exige exponer las ideas en lugar del cuerpo, que las sitúa en un lugar social que es exterior al ámbito doméstico y no está basado en el intercambio afectivo. Un protagonismo, en fin, que las pone en situación de afrontar disidencias, diferencias y desamores, y *supone fundamentalmente dejar de exhibirse como objeto para pasar a exhibirse como sujeto*, y esto entraña una cantidad de temores profundamente arraigados, de los cuales a menudo algunas mujeres se defienden llevando como *chador* una comodidad institucionalmente aceptada y promovida.

PAULA BECKER A CLARA WESTHOFF*

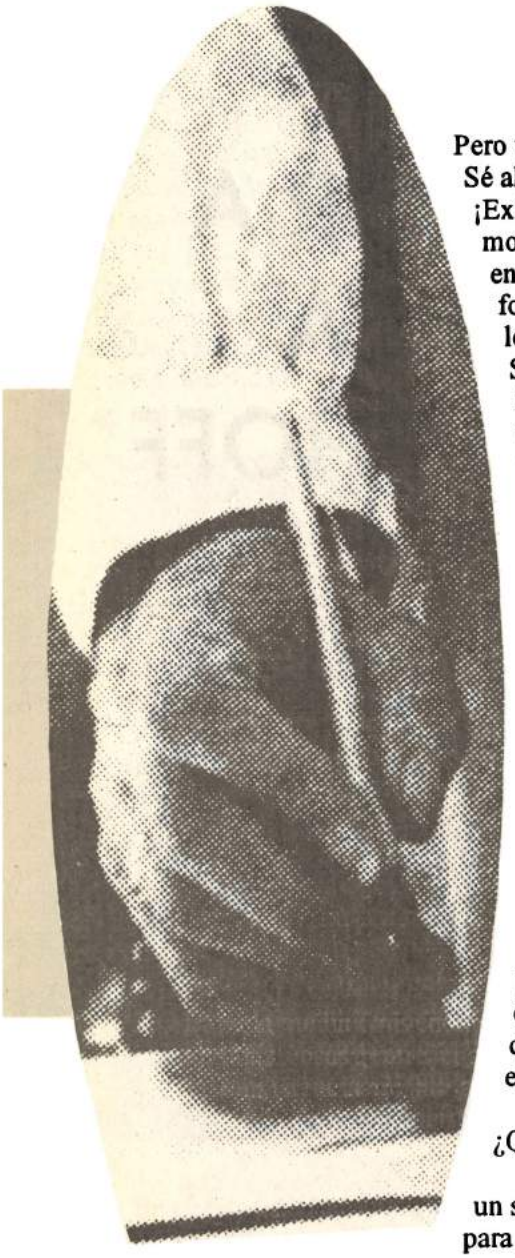
Paula Becker
1876-1907
Clara Westhoff
1878-1954

se hicieron amigas en Worpswede, una colonia de artistas cerca de Bremen, Alemania, el verano de 1899. En enero de 1900 pasaron juntas un año en París, donde Paula pintaba y Clara estudiaba escultura con Rodin. En agosto retornaron a Worpswede, y luego pasaron juntas el invierno en Berlín. En 1901 Clara se casó con el poeta Rainer María Rilke; poco después, Paula se casaba con el pintor Otto Modersohn. Murió de una hemorragia después de dar a luz, murmurando: ¡Qué lástima!

Adrienne Rich**

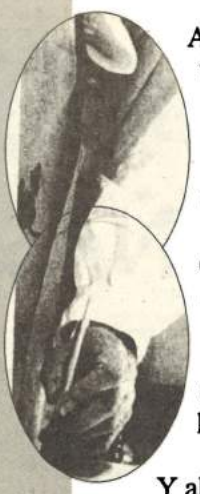
El otoño se ha retrasado,
se sostiene el verano todavía, mientras la luz
parece durar más largamente de lo que debiera
o quizás estoy usándola hasta el fin.
La luna rueda en el aire. Yo no quería a esta
criatura.
Eres la única a quien se lo he contado.
Deseo tener un niño algún día, pero no ahora.
Otto tiene una manera calma y complaciente
de seguirme con sus ojos, como diciendo
¡pronto tendrás las manos llenas!
Y sí, las tendré; este niño será mío,
no suyo, los fracasos, si fracaso,
serán míos. No es fácil aprender, Clara
a prevenir estas cosas,
y cuando tenemos un niño, es nuestro.

*Algunas frases de este poema son citas de los diarios y cartas de Paula Modersohn-Becker.
** Adrienne Rich es poeta y ensayista norteamericana. Este poema aparece en *Contéstame, baila mi danza. Seis poetas norteamericanas*. Selección, traducción y notas: Diana Bellesi. B. Aires: Ediciones Ultimo Reino, 1984, pp 65-68.



Pero últimamente me siento más allá de Otto o de cualquiera.
Sé ahora qué clase de trabajo tengo que hacer.
¡Exige tanta energía! Tengo el sentimiento de
moverme hacia algún lugar, paciente, impacientemente,
en mi soledad. Busco en la naturaleza
formas nuevas, viejas formas en lugares nuevos,
los planos de una boca antigua, digamos, entre las hojas.
Sé y no sé
lo que estoy buscando.
Recuerdo aquellos meses juntas en el estudio,
tus fuertes brazos hundidos en la arcilla húmeda,
mientras yo trataba de hacer algo con las raras impresiones
que me asaltaban—flores
y pájaros japoneses sobre la seda, borrachos
protegiéndose en el Louvre, aquella luz del río,
aquellos rostros... ¿Sabíamos exactamente
por qué estábamos allí? París te amilanaba,
era demasiado para ti, sin embargo proseguiste
tu trabajo... Y más tarde nos encontramos nuevamente allí,
ambas casadas entonces, y pensé que tú y Rilke
parecían inquietos. Sentí cierta falta de alegría
entre ustedes. Por supuesto él y yo
tuvimos nuestros roces. Quizás estaba celosa
de él, en principio por haberte alejado de mí;
quizás me casé con Otto para llenar
mi soledad de ti.
Rainer, por supuesto, *sabe* más de lo que Otto sabe,
él cree en las mujeres. Pero se alimenta de nosotras,
como todos ellos. Su vida entera, su arte
está protegido por mujeres. ¿Quién de nosotras
podría decir esto?
¿Quién de nosotras, Clara, como mujer no ha tenido
que dar
un salto más allá de nosotras mismas
para salvar nuestro trabajo? ¿o es para salvarnos a
nosotras mismas?

El matrimonio es más solitario que la soledad.
Sabes: he estado soñando que moría
dando a luz al niño.
No podía pintar o hablar o aún moverme.
Mi niño—pienso—me sobrevivía. Pero lo gracioso
en el sueño, era que Rainer había escrito mi réquiem;
un largo y hermoso poema, llamándome su amiga.
Yo era *tu* amiga,
pero en el sueño tú no decías una palabra.
En el sueño su poema era como una carta
a alguien que no tenía derecho
de estar allí, pero que debía ser tratado gentilmente,
como un huésped
que llega en día equivocado. Clara, ¿por qué no sueño
contigo?



Aquella foto donde estamos juntas; la tengo todavía,
tu y yo mirándonos intensamente
y mi cuadro detrás nuestro. ¡Cómo trabajábamos
codo a codo! Y cómo he trabajado desde entonces
intentando crear acorde a nuestro plan,
el que traemos contra todos los obstáculos, imprimir
nuestra fuerza
en cada cosa. No deteniéndonos en nada
aunque fuéramos mujeres. Clara, nuestra fuerza
permanece todavía
en los temas de los que solíamos hablar:
cómo la vida y la muerte se toman de las manos,
la lucha por la verdad, nuestro voto contra todo
sentimiento de culpa.
Y ahora siento el amanecer y el día que llega.
Amo despertar en mi estudio viendo mis pinturas
volverse vivas en la luz. A veces siento
que soy yo misma quien se mueve dentro de mí
a quien debo amar y alimentar...
Deseo hubiéramos hecho esto una con la otra
toda nuestra vida, pero no podemos...
Dicen que una mujer preñada
sueña su propia muerte. Pero la vida y la muerte
se toman de las manos. Clara, me siento llena
de trabajo, de vida que vislumbro, y amor
por ti, que entre toda la gente,
no importa lo mal que lo exprese,
oirá todo lo que diga y lo que no puedo decir.

Hay ciertos dichos que rondan incómodamente por los rincones de mi cerebro. Pertenecen a una realidad extrañamente común y oculta a la vez, y caen de la boca con sorprendente facilidad: la letra con sangre entra; lo hago por tu bien; me duele más a mí que a ti; te voy a pegar... Me parece que estas frases pertenecen a un estilo disciplinario que algunos denominan "el palo y la zanahoria". El palo y la zanahoria son dos caras de una misma moneda y su uso—como expresión—proviene del mundo ecuestre donde se mezclan las promesas (las zanahorias) y las amenazas (los palos), con la intención de lograr la obediencia del

NUESTRA RELACION CON LAS/OS NIÑAS/OS:
más allá del palo y la zanahoria

Bridget Lee Cooke*

caballo. Sin embargo, si bien originalmente eran las criaturas de cuatro patas las destinatarias de esta forma de disciplina, es claro que su aplicación no se ha limitado sólo a éstas. Al contrario, se podría decir que esta teoría tiene fama de ser quizás la más usada en las relaciones humanas, particularmente en las relaciones de los/as adultos/as con los/as niños/as.

*Bridget Lee Cooke es teóloga y misionera laica de Maryknoll. Vive en Peñalolén—al lado de la cordillera—en Santiago de Chile.

¿Abuso o disciplina?

Hace poco terminé de leer un libro extraordinario—uno de esos que no te deja tranquila, que te remece profundamente. Se llama *The Bone People* (*La gente de hueso*) y tiene lugar en Nueva Zelandia. Se concentra en las vidas de tres personajes: el primero, Simón, un niño misterioso, un náufrago mudo, aparece de la nada con su historia personal oculta tras sus pocos años de vida y su incapacidad de expresión verbal. Otro, José, viudo de treinta y tantos años, lleva sus emociones a flor de la piel. Acoge a Simón y lo cría como si fuera su propio hijo. La tercera, Kere, solitaria, joven y excéntrica, separada de su familia por circunstancias penosas. Estos personajes forman un trío de vidas rotas, enredadas y complejas. En conjunto tejen una red de cariño y apoyo que, con el tiempo, produce una sanación integral de los tres. Pero antes tienen que enfrentarse con otro secreto—que se agrega al pasado desconocido de Simón: el origen del temperamento violento de José que se descarga en contra de Simón cada vez que el niño se sale del camino indicado.

Las mentiras, o cualquier muestra de falta de respeto, están totalmente prohibidas, y pobre del chiquillo si no obedece a todo lo que le exige su papá. Se resuelve el asunto de inmediato—¡¡paf!!—eso es todo. Se ve tan ridículo: José, robusto y fuerte, dos veces el tamaño de su hijo—pero así es como procede el buen cristiano...

Mientras se quita su camisa, José piensa, "Ah, que diablos, hará lo que se le dice por dos días y después hará lo que quiera. No sé por qué intento cambiarlo. Pero es mi hijo ahora, mi responsabilidad. Lo tengo que hacer.", envolviendo la punta del cinturón alrededor de su puño.

Le molesta todo eso, "¿Por qué me siento culpable? Siempre encuentra una manera tramposa de hacerme sentir mal. Y tú, Simón, no aprendes, por eso los golpes... Perdóname por pegarte tan fuerte, pero tienes que aprender a hacer lo que te digo. Te quiero Simón, no sabes cuánto te quiero.

Sin embargo, es Simón quien lleva el peso más duro, porque con cada manotazo el odio crece dentro de él, como un cáncer que lo va matando lentamente. Y lo más terrible de todo es que este odio no se dirige en contra de José sino que, más bien, Simón se odia a sí mismo, por ser él quien hace sufrir tanto a su padre: *"Soy yo, siempre hago lo incorrecto. No lo intento lo suficiente, no trato de hacerlo, no importa lo que hago siempre sale mal"*. Y nunca cuenta nada a nadie, menos a Kere porque, entonces, *"Sabrá que soy malo"*. [1]

En un taller sobre "Relaciones: afectos y poderes", realizado por el Colectivo *Conspirando*, compartimos este fragmento del libro. Los comentarios lo llevaron, inmediatamente, del género de la novela al de la biografía: *Relata algo tan común, tan compar-*

tido. Es como recorrer nuestras historias. Me trae recuerdos de mi niñez, y la que muchos de mis compañeros vivieron... Vi un reportaje en la televisión, decía que Chile tiene el tercer índice más alto del mundo de abuso de niños, después de Japón y Alemania...

Me pregunto, ¿es abuso esto que pasa entre José y Simón, o solo disciplina estilo "palo y zanahoria"? (y quizás, también, estilo cristiano que define el amor con la afirmación *"Tanto amó Dios al mundo que dio a su único hijo para el perdón de nuestros pecados"*, y exige la obediencia a todo costa: *"Habiéndose comportado como hombre, se humilló, y se hizo obediente hasta la muerte—muerte en una cruz."* Fil. 2,8). [2]

¿Pensamos que se justifica un cierto grado de violencia para el buen ejercicio de la autoridad? Y al aplicarla, aunque nos duele ¿recurrimos a nuestro pasado y a las normas vigentes para justificarla y así quedarnos tranquilos/as? Hay muchas maneras de criar a los pequeños, sean estos hijos e hijas propias, parte de la familia más amplia, alumnos/as o vecinas/os. Pero lo que hasta ahora ha predominado en nuestras sociedades occidentales es la "mano dura".

El "descubrimiento" de la niñez

Literalmente, el siglo XVII "descubrió" la niñez, y se interesó en demarcar sus límites como una etapa en una serie de fases distintas de la vida. Sin embargo, lejos de implicar un mayor cuidado de los niños, esta demarcación involucró una mayor separación y alienación de ellos. Los niños comenzaron a usar ropa especial para hacer notar las distintas etapas de crecimiento y a fines del siglo XVI, súbitamente surgió una gran preocupación por los supuestos peligros del tacto y el contacto corporal. Se les enseñó a los niños a esconder sus cuerpos de los demás. Además, surgió la creencia de que jamás se debía dejar a los niños solos. El resultado fue que el adulto se convirtió en una especie de perro guardián psíquico, siempre supervisando al niño pero nunca haciéndole cariño—una práctica que en realidad es el prototipo de la observación y la experimentación científica.

Un círculo vicioso

Se dice que los niños deben ser vistos pero no escuchados. Los queremos ordenaditos y "bien educados", antes que creativos y despiertos. En algunos casos esto está cambiando, sin embargo, el peso de nuestras propias historias hace que repitamos esta forma autoritaria de disciplina. Por lo demás, dado que ésta atraviesa todas las instituciones de la sociedad, nos es muy difícil operar de otra manera. Como dice el escudo nacional chileno: "Por la razón o la fuerza".

Pareciera hacer falta una mirada sicológica más adecuada del asunto. Desde el estilo palo/zanahoria se podría hablar de un círculo vicioso. Supongamos que cuando pequeño/a no encontraron bien ni tu curiosidad, ni tu necesidad

Estas mismas pautas fueron institucionalizadas en las universidades y colegios de fines de la Edad Media, donde tomaron la forma de una supervisión constante, un sistema de informar (es decir, espionaje) y la aplicación extensiva del castigo corporal. La vara reemplazó a las multas como castigo predominante y los estudiantes eran frecuentemente azotados en público hasta sangrar. Ya en el siglo XVIII, los azotes ocurrían a diario en Inglaterra, donde eran considerados como una forma de enseñar el auto-control a los niños y a los adolescentes.

De esta manera, a fines de la Edad Media se produjo un abrupto cambio de énfasis en las prácticas de crianza, un cambio desde el cuidado hasta el completo dominio, lo que es un aspecto de la aparición de una civilización marcada por la categorización y el control.

Berman, Morris. *El reencantamiento del mundo*. Ed. Cuatro Vientos, Santiago, 1987.

de atención, ni tampoco tu deseo de expresarte y tu afán de explorar tanto a ti mismo/a como al mundo. Entonces, por consecuencia, te prohibieron estas cosas y cuando no te reprimiste solo/a, te pegaron. Fue así que, poco a poco, se fue apagando esa vida burbujeante que tenías adentro, dejando en su lugar un ser con mucha menos vitalidad y casi inconsciente de sus propios sentimientos. Aprendiste que era mejor seguir las reglas impuestas por los demás en vez de pensar por ti mismo/a. Luego, cuando fuiste adulto/a te hiciste profesor/a, con 35 niños a tu cargo, y llegaste a tener fama por el respeto que inspirabas. Tu clase era como un escuadrón militar, ordenado y disciplinado. Quisiste imponer tu voluntad y exigiste que todos/as siguieran fielmente las muchas normas que habías diseñado para su conducta. En casa eras igual, con tus propios sentimientos relegados fuera del alcance, reinabas sobre tus tres hijas con fría justicia. Carente de un sentido de tu propio valor intrínseco eras incapaz de encontrarlo en tus hijas. Ser buena se traducía en ser obediente y portarse bien.

La autoridad vivenciada en este escenario imaginario procura, por encima de todo, controlar a los/as demás. Se ve y se trata al otro como un objeto: "Las relaciones entre objetos se describen por reglas. Creemos poder, al final, encontrar reglas... para todas las cosas y sus relaciones, para predecir que harán y permitirnos controlarlas". [3] Esta es una dinámica de competencia, se trata de ver quién gana, quién logra imponer su perspectiva, sus reglas, y quién pierde y, por lo tanto, debe seguir las normas del otro u otra.

Si nuestro valor inherente nos ha sido negado, nos faltará la base de auto-amor que permite a los demás la libertad de ser quienes son. Exigimos, al contrario, que nos sirvan de espejos, reflejando lo que necesitamos ver para poder aceptarnos a nosotros/as mismos/as. Personalmente, he experimentado esto con una de mis hermanas cinco años

QUERIDO PADRE*

No hace mucho me preguntaste por qué yo afirmaba que te temía. Como es normal, no supe qué contestar, en parte por ese miedo y en parte porque la fundamentación de ese temor necesita demasiados detalles como para que yo pueda exponerlos en una conversación. Todavía ahora, mientras te escribo, sé que el resultado ha de ser imperfecto, porque el temor inhibe y porque la dimensión del tema supera en gran medida mi memoria y mi entendimiento. (...)

Yo era un niño lleno de miedos; a pesar de eso, también terco y obcecado como todos los niños. Es cierto que mamá me mimaba, pero no puedo creer que yo haya sido demasiado difícil de llevar. No puedo creer que una palabra amable, un silencioso tomarme de la mano, una mirada bondadosa no hubieran logrado en mí todo lo que se esperaba. (...)

En el fondo eres una persona tierna y generosa (lo que sigue no se opone a esto, sólo quiero referirme a la influencia que obraba sobre el niño), pero no todos los niños tienen la paciencia y el denuedo de buscar durante mucho tiempo la constitución cariñosa de su padre. Tú sólo puedes tratar a un niño como tratas a los demás, con fuerza, ruido y mal humor; en todo caso te parecía lo más adecuado porque querías hacer de mí un muchacho fuerte y valeroso. (...)

Recuerdo un incidente de los primeros años. Quizá también lo tengas presente. Una noche, yo lloriqueaba continuamente pidiendo agua, con seguridad no a causa de la sed sino tal vez para molestar o para entretenerme. Luego que unas contundentes amenazas no surtieron ningún efecto, me levantaste de la cama, me llevaste al balcón y me dejaste allí un rato, solo, cubierto apenas con una camisa, y cerraste la puerta. No quiero decir que esto fuera incorrecto, tal vez no había otra manera de hacerme callar; con esto sólo quiero caracterizar tus métodos pedagógicos y la impresión que me causaban. Después de aquello fui más obediente, pero ya se había abierto una herida interior. Nunca pude relacionar coherentemente el hecho de pedir agua sin motivo, con el extraordi-

*Fragmentos de *Carta a su padre* de Franz Kafka (México: Ed. Reveles, 1982)

mayor que yo. Insegura de sí misma, exigía que yo le imitara, y que le siguiera en todo: en su manera de vestir, en sus intereses, gustos y aficiones y aun en sus percepciones del mundo. Raramente me atrevía a hacer valer mis propias ideas o deseos. Lo que ella necesitaba era la afirmación de su propio ser y para conseguirla exigía que yo le reflejara una imagen de sí misma. A través de esta imagen esperaba poder afirmar quien era. Por fortuna, con el tiempo, reconocimos lo que nos estaba pasando y nos fue posible conversarlo, compartiendo lo que la experiencia había significado para cada una. A partir de ahí, hemos buscado otras maneras más sanas de afirmar quienes somos y buscamos ofrecernos, una a la otra, una aceptación incondicional.

Quizás lo que más dificulta los intentos de dejar de lado tanto la zanahoria—que resulta manipuladora—como el palo,

nario terror que me produjo el castigo. Años después todavía padecía ante la tortuosa imagen de aquel hombre gigantesco, mi padre en última instancia, que casi sin motivo era capaz de arrancarme de la cama para colocarme sobre el balcón; en el fondo, yo no parecía significar más que esa nada para él.

Aquello fue sólo un comienzo, pero ese sentimiento de nulidad que me domina con frecuencia (desde otro punto de vista, un sentimiento noble y fructífero) es, en gran parte, obra de tu influencia. Yo habría necesitado un poco de aliento, un poco de amabilidad, un poco de iluminación en mi camino; en vez de eso, lo obstruías con los buenos propósitos de guiarme hacia otras sendas.

Yo no servía para lo tú querías. Por ejemplo, solías alentarme cuando hacía correctamente el saludo militar y marchaba bien, pero yo no era un soldado en ciernes; me estimulabas cuando comía copiosamente, me animaba a tomar cerveza, o cuando cantaba canciones incomprensibles y repetía en forma maquinal tus refranes preferidos, pero nada de eso pertenecía a mi futuro. (...)

Antes habría necesitado aliento constante en todos mis proyectos, porque tu sola presencia ya me oprimía. Me acuerdo, por ejemplo, cuando nos desvestíamos juntos en la casilla de baño. Yo, delgado, débil, insignificante; tú, fuerte, enorme, corpulento. Ya en el vestidor me sentía miserable no sólo ante ti sino ante el mundo, porque eras la medida de todas mis cosas. Así aparecíamos ante la gente, yo tomado de tu mano, tambaleante esqueleto, inseguro, descalzo, sobre los tablones, temeroso del agua, incapaz de imitar tus movimientos de natación que con las mejores intenciones te empeñabas en enseñarme una y otra vez ante mi profunda vergüenza. Quedaba absolutamente humillado. (...)

Te equivocas cuando crees que nunca me sometí. "Siempre en contra" no es el apotegma que sustenta mi relación contigo. ...Tus métodos pedagógicos han sido muy certeros, nunca me aparté del camino. Tal como soy ahora (sin tomar en cuenta la disposición innata y las influencias de la vida) es el fruto de tu educación y obediencia. El hecho de que aun este resultado te resulte penoso y que además te niegues inconscientemente a reconocerlo como el fruto de tu educación, se basa en la diferencia radical entre tu mano educadora y mi naturaleza. Decías: "¡Ni una sola palabra de protesta!". Y con eso pretendías acallar en mí aquellas fuerzas que te eran contrarias y no podías soportar. Esta reacción era demasiado fuerte y yo demasiado obediente: enmudecía por

es que los hemos internalizado. Estamos, continuamente, internalizando los modelos de poder y autoridad que rigen en la sociedad. En este momento el número de conflictos armados en el mundo sobrepasa a los cuarenta y ocho. Los espacios de trabajo, religión y educación repiten el modelo de dominación-subordinación, impidiendo el pensamiento libre y la acción protagónica. Y sucede que lo que se vive fuera de la casa se reproduce adentro, y viceversa, "...estableciendo sus batallas dentro del ser, llegando a ser nuestros propios vencedores y jueces. Reproducimos las jerarquías bélicas en nuestras relaciones y estructuras". [4]

El cuidado de las/os niñas/os

Casi sin excepción los perpetradores de actos violentos han sido víctimas de abusos semejantes y, en la mayoría de los casos, el abuso

completo, me escondía y reaccionaba recién cuando estaba tan lejos como para que tu poderío no me alcanzase al menos en forma directa. Pero tú te mantenías siempre adelante y todo daba la impresión de estar "en tu contra", cuando sólo era la consecuencia lógica de tu poder y mi debilidad. (...)

Los métodos más efectivos y contundentes que utilizabas en forma oral eran: amenaza, reto, insulto, ironía, carcajada maligna y—curiosamente—la autocompasión... Era terrible escuchar aquel "te voy a matar como se mata a una mosca", a pesar de saber que no sucedería nada malo (cuando era muy pequeño no lo sabía); eso correspondía a la medida de tus fuerzas, a lo que eres capaz de hacer. También era terrible verte correr a los gritos alrededor de la mesa, simulando el intento voraz de atrapar a alguien; aunque nunca concluías tu tarea, mamá debía salvarnos. El niño sentía que gracias a tu compasión había salvado la vida una vez más. Sobrevivir era el regalo que, a tu criterio, no merecíamos. Aquí se incluyen también las amenazas respecto a la desobediencia y sus consecuencias. Cuando yo emprendía algo que no te gustaba y sólo vaticinabas el fracaso de la empresa, la veneración hacia tu opinión era tan profunda que yo contaba inconscientemente desde el principio con el inevitable fracaso. Perdí la confianza en mi propia obra. Me hice inseguro, inconstante, dubitativo. El material que tú propiciabas como prueba de mi carencia de valores aumentaba con los años; poco a poco mi vida te demostró que en parte tenías razón. Otra vez te repito que no creo que tengas la culpa; tú sólo consolidabas aquello que ya estaba dado, pero lo acrecentabas porque eras mucho más poderoso que yo y empleabas todas las fuerzas frente a mí. (...)

Es cierto que casi nunca me pegaste. Pero tus gritos, el enrojecer de tu cara, el rápido desabrochar de tus tiradores y su imagen amenazadora al verlos dispuestos sobre la silla, todo eso era casi más insoportable. Es como el momento en que alguien está a punto de ser ahorcado. Si realmente lo cuelgan, muere, y todo ha pasado. Pero si debe soportar todos los movimientos previos a su ejecución y recibe el indulto cuando ya siente la soga al cuello, deberá penar toda su vida acosado por esa sensación. A esto se agregan todas aquellas oportunidades en las que, según tu opinión, yo era merecedor de castigo y gracias a tu indulgencia no lo recibía; mi sentimiento de culpa volvía a acrecentarse. Todos los caminos conducían a la culpa que sentía por el daño que te hacía. (...)

tuvo lugar dentro de la casa. Nuestra experiencia de relaciones empieza allí, con la familia (sea ésta biológica o no): "La manera en que los sentimientos, pensamientos, percepciones y conciencia física se desarrollan y se forman depende del mundo en el cual el ser nace y cómo este mundo es capaz de facilitar su desarrollo. Así como el cuerpo físico nunca permanece igual, las percepciones, sentimientos, y pensamientos del ser también maduran y se desarrollan a través de la expresión, reconocimiento e integración de todas la capacidades del ser. El desarrollo de un ser sano requiere de cuidado, protección, seguridad, afecto, ternura, y respeto de su individualidad". [5]

Por lo general, depositamos casi toda responsabilidad del cumplimiento de estos requisitos en las manos de los padres, algo que parece absurdo dado las muchas exigencias provenientes tanto del trabajo

como de la comunidad que ellos/as tienen hoy en día. Me parece suficiente las cifras de abuso y negligencia familiar para convencernos de que el sistema del núcleo familiar ha entrado en crisis. Sin embargo, las criticas y acusaciones, cuando ocurre un caso de abuso de niños/as siempre recaen exclusivamente, y según mi percepción, equivocadamente, so-

bre los padres y en particular sobre la madre. La división y subsiguiente separación del núcleo familiar de la comunidad más amplia en que se encuentra, nos absuelve de nuestra complicidad con la violencia que experimentan tantos niños y niñas.

En un artículo reciente, la teóloga Mary Hunt critica esta separación: "Hay una cosa cierta y es que, básicamente, los niños pertenecen a todos/as nosotros/as. Esta intuición, o mejor dicho, este compromiso, está completamente ausente en los debates actuales sobre las reformas del bienestar social en las cuales los niños son tan privatizados que llegan a ser propiedad individual de —léase: responsabilidad de— sus, casi siempre, madres solteras...". Frente a esto, ella señala: "Propongo extender la red de cuidado, empezando a reconocer que todos/as, tanto si decidimos ser madres y padres o no, tenemos un interés y por lo tanto una responsabilidad en relación a los niños/as. Ellos necesitan a muchos "cuidadores", a las/os tías/os y amigos/as de la familia... pero estoy sugiriendo incluso, algo más, una suerte de ecología humana que acompañe a la de la tierra".[6] Por "ecología humana", Mary Hunt se refiere a un ambiente en el cual, con dedicación y cariño, todos/as nos preocuparíamos de los niños y niñas del mundo, compartiendo su cuidado y asegurando que tengan lo necesario en todas las etapas de sus vidas.

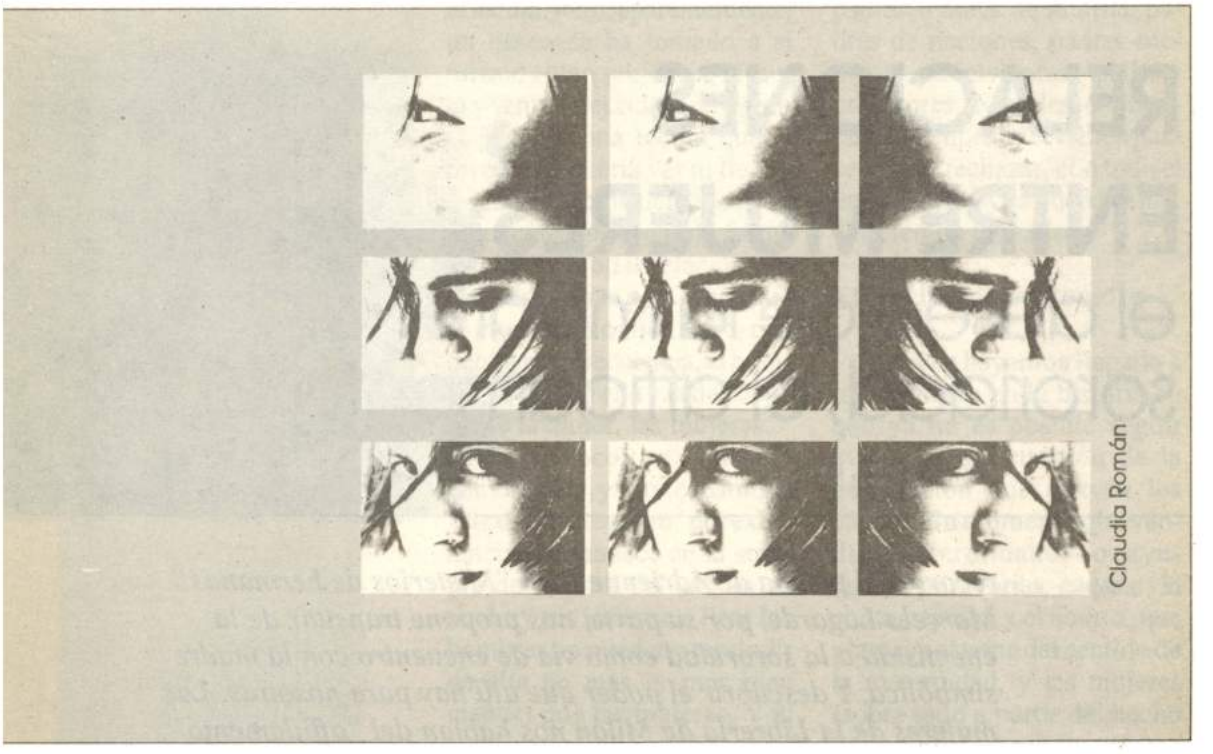
Además de dejar de ver a los y las pequeños/as como propiedad privada es importante hacer un trabajo de sanación de nosotros/as mismos/as; reconciliarnos con nuestro pasado y curar nuestras historias. En *The Bone People*, José logra cambiar sólo a través de un retorno a sus raíces, tanto a las personales—de abuso y abnegación—como a las de su gente, los Maorí—de negación y desprecio. Busca redimir a las dos y descubre, con Simón y Kere, que la tarea tiene que ser colectiva.

"Necesitamos recuperar un sentido verdadero del amor", dice Rita Nakashima Brock, teóloga feminista. Ella propone que involucremos al corazón. "Las relaciones familiares pueden nutrir al corazón. Las primeras cosas de las cuales se da cuenta un/a niño/a son las conexiones entre su ser y los/as otros/as y la necesidad de expresar sus necesidades y verlas satisfechas. La intimidad crece a través de un proceso sumamente interactivo de reconocimiento mutuo y de validación de las personas significativas". [7]

Sin embargo, lo que tenemos ahora es una imagen del amor vinculada con el auto-sacrificio y la obediencia. ¿No sería más humano cambiar ésta por una de liberación y cariño?

Notas

1. Kere Hulme, *The Bone People*. Nueva Zelandia: Penguin Books, 1983.
2. Ver Ute Seibert-Cuadra, "Tanto amó Dios al mundo...". *Con-spirando* 8/94.
3. Starhawk, *Truth or Dare. Encounters with Power, Authority and Mistery*. NY: Harper Collins, 1987. p. 14.
4. Ibid. p. 72.
5. Rita Nakashima Brock, *Journeys by Heart: A Christology of Erotic Power*. NY: Crossroads, 1988. p. 9-10.
6. Mary Hunt, "All Our Children", *waterwheel*, vol. 8 #4, 1995-6.
7. Brock, p. 35.



Claudia Román

En el cruce de los afectos y los poderes, las relaciones entre mujeres se nos aparecen como un territorio a explorar, a nombrar. En primer lugar, la relación madre-hija. Punto de partida tachado, olvidado por la cultura: ¿Qué ha sido de la relación imaginaria y simbólica con la madre? ¿Qué ha sido de la madre más allá de su papel social y material de reproductora de criaturas, de nodriza, de reproductora de fuerza de trabajo? ¿Dónde queda, para nosotras, lo imaginario y lo simbólico de la vida intrauterina y del primer cuerpo a cuerpo con la madre? ¿En qué noche, en qué locura quedan abandonados? se pregunta Luce Irigaray en su conferencia "El cuerpo a cuerpo con la madre". Las mismas preguntas parecen

RELACIONES ENTRE MUJERES:
el deseo de la madre, la sororidad, el affidamento

Elena Aguila, edit.

recorrer el poema de Adrienne Rich "Misterios de hermanas". Marcela Lagarde, por su parte, nos propone transitar de la enemistad a la sororidad como vía de encuentro con la madre simbólica. Y descubrir el poder que allí hay para nosotras. Las mujeres de la Librería de Milán nos hablan del "affidamento", buscando nombrar aquélla relación en que una mujer reconoce a otra mujer como referencia principal en la organización de su vida. Así, en la sororidad y el affidamento, se repara tal vez la separación que la cultura impone a las madres y las hijas—a las mujeres respecto de sus congéneres. Las relaciones entre mujeres descubren, entonces, su dimensión política.

EL CUERPO A CUERPO CON LA MADRE

Luce Irigaray*

El deseo de la madre

Como me confesaba no hace mucho un amigo particularmente "honesto", no sin sorprenderse de su propio descubrimiento: "Es cierto, siempre he pensado que todas las mujeres estaban locas". Y añadió: "Sin duda así pretendía soslayar el tema de mi propia locura". Así se plantea efectivamente la cuestión. Cada sexo tiene relación con la locura. Todo deseo tiene relación con la locura. Pero, aparentemente, un deseo se ha tomado a sí mismo como sabiduría, mesura y verdad, dejando al otro sexo el peso de una locura que él mismo no quería ver ni llevar.

Esta relación del deseo con la locura tiene lugar de forma privilegiada en la relación con la madre. Tanto para el hombre como para la mujer. Pero, con demasiada frecuencia, el hombre abdica de ella y la descarga sobre la mujer, las mujeres.

Deseo loco, esta relación con la madre, ya que constituye "el continente negro" por excelencia. Permanece en la sombra de nuestra cultura, es su noche y sus infiernos. Pero los hombres no pueden prescindir de ella no más (y más bien menos) que las mujeres. Y si actualmente existe una tal polarización sobre los temas de la concepción y del aborto, ¿no será para escapar una vez más a la pregunta sobre qué ha sido de la relación imaginaria y simbólica con la madre, con la mujer madre; qué ha sido de esta mujer más allá de su papel social y material de reproductora de criaturas, de nodriza, de reproductora de fuerza de trabajo?

El deseo de ella, su deseo, esto es lo que viene a prohibir la ley del padre, de todos los padres. Padres de familia, padres de naciones, padres-médicos, padres-curas, padres-profesores. Morales o inmorales. Siempre intervienen para censurar, rechazar, con todo el buen sentido y la buena salud, el deseo de la madre.

El asesinato de la madre

Tal vez hayamos llegado a un momento en la historia en que ya no es posible seguir evitando esta cuestión de la dominación que ejercen los padres. Un momento que vendría determinado—o ayudado—por varias causas: la contracepción y el aborto, que plantean el tema del sentido de la maternidad, y las mujeres (sobre todo a partir del hecho de su entrada y sus encuentros en los circuitos de la producción), que han iniciado la búsqueda de su identidad sexual y comienzan a salir del silencio.

A partir de aquí, tanto los hechos más cotidianos como el conjunto de nuestra sociedad y de nuestra cultura evidencian

*Luce Irigaray, de nacionalidad francesa, es filósofa, lingüista y psicoanalista. Este artículo es una parte de la conferencia dictada por la autora en el 5° Coloquio Quebequés sobre Salud Mental: *Las mujeres y la locura*, celebrado en Montreal el 30 y 31 de mayo de 1980. Esta versión ha sido tomada de *Debate Feminista* Año 5, vol. 10, septiembre 1994.

Recuérdame cómo caminábamos
probando si la roca planetaria
sostenía nuestros pies,
poniendo a prueba
el borde de los desfiladeros,
campos de puro hielo
en el sol de medianoche,
oliendo las lluvias antes de que llegaran,
sintiendo la plenitud de la luna
antes de que saliera,
desequilibradas por la vida
que se movía en nosotras, luego aligeradas
pero aún cargadas
con niños a nuestra espalda,
en las caderas, mientras hacíamos fuego
recogíamos barro cogíamos agua.

Recuérdame cómo el arroyo
mojaba el barro entre nuestras palmas
y cómo la llama
lo besaba dándole colores minerales,
cómo trazábamos nuestros signos
con luz de antorcha
en las cámaras profundas de las cuevas
y cómo con nuestros dientes
aplanábamos las púas de puerco espín
hasta dejarlas finas y afiladas
y cepillábamos la rafia retorcida
hasta hacerla terciopelo
y sangrábamos nuestro conocimiento lunar
trece veces
sobre los surcos.

Lo sé de memoria, y aun así
necesito que tú me lo digas,
me lo sostengas, me lo recuerdes.

MISTERIOS DE HERMANAS

Adrienne Rich*

que esta sociedad y esta cultura funcionan originariamente sobre la base de un matricidio. Cuando Freud describe y teoriza, concretamente en *Totem y tabú*, el asesinato del padre como fundador de la horda primitiva, olvida un asesinato más arcaico: el de la mujer-madre, necesario para el establecimiento de un determinado orden en la ciudad. El orden social, nuestra cultura, el mismo psicoanálisis, así lo quieren: la madre debe permanecer prohibida. El padre prohibe el cuerpo a cuerpo con la madre.

¿Pero dónde queda, para nosotras, lo imaginario y lo simbólico de la vida intrauterina y del primer cuerpo a cuerpo con la madre? ¿En qué noche, en qué locura quedan abandonados? Y la relación con la placenta, esa primera casa que nos rodea y cuyo halo transportamos por todas partes, cual una seguridad del primer momento, ¿cómo se representa esta relación en nuestra cultura?

(En nuestra cultura) la abertura de la madre o, por qué no, la abertura a la madre, aparecen como la amenaza de contagio, de contaminación, de hundimiento en la enfermedad: en la locura. Ninguna escalera de Jacob permite volver a la madre. La escalera de Jacob sube siempre al cielo, hacia el Padre y Señor, el Salvador.

Devolverle la vida a la madre

Comprender e interpretar todo esto viene a representar para nosotras la salida de un mundo de locura que, de hecho, no es el nuestro. De un miedo a la noche, de un miedo a lo no-identificable, de un miedo a un asesinato original que, culturalmente, no es el nuestro. Pienso que es muy importante tomar nota de ello, porque nos siguen colocando una y otra vez en los lugares de esas proyecciones. Y porque todavía nos vemos presas y cautivas, una y otra vez, de esos fantasmas, de esa ambivalencia y de esa locura, que no es la nuestra, excepto por participación. Retomemos, por tanto, la nuestra, y devolvámosles a los hombres la suya.

Otro aspecto que debemos cuidar es, sobre todo, no volver a matar a esa madre sacrificada

Recuérdame cómo amábamos
el cuerpo de nuestra madre,
cómo tomábamos el primero
y fino dulzor de sus pezones,
nuestras caras soñando hora tras hora
con el salado olor de sus lamidos
Recuérdame cómo su tacto
fundía la tristeza infantil,
cómo flotaba grande y tierna
en nuestra oscuridad
o se quedaba de pie haciendo guardia
contra nuestra voluntad
y cómo creíamos que amaba
más al extraño cuerpo masculino,
que cogía, que cogía,
cuyo coger parecía ser ley
y cómo nos envió sollozando
a esa ley,
cómo la reencontramos
en las visiones del parto
erecta, entronizada, en lo alto
de una escalera de caracol
y nos arrastramos anhelantes hacia ella.

Lo sé, me acuerdo, pero
sosténme, recuérdame
cómo su carne de mujer
se volvió tabú para nosotras.

Las hijas nunca fueron
verdaderas novias del padre;
las hijas fueron, para empezar,
novias de la madre,
luego novias una de otra
baja una ley distinta.
Deja que me sostenga y te cuente.

*Adrienne Rich es una poeta y ensayista norteamericana. Hemos extraído algunos fragmentos de este poema, según la traducción aparecida en *Espejos del yo. Imágenes arquetípicas que dan forma a nuestras vidas*, Christine Dowing, ed. Barcelona: Kairós, 1993. La versión original, en inglés, aparece en *The Dream of a Common Language: Poems*, 1974.

en el origen de nuestra cultura. Se trata de devolverle la vida a esa madre, a nuestra madre en nosotras, y entre nosotras. De no aceptar que su deseo quede anulado por la ley del padre. De darle el derecho al placer, al goce, a la pasión. De darle el derecho a las palabras y, por qué no, a veces a los gritos, a la cólera.

También tenemos que encontrar, reencontrar, inventar, descubrir, las palabras para nombrar la relación a la vez más arcaica y más actual con el cuerpo de la madre, con nuestro cuerpo, las frases que traducen el vínculo entre su cuerpo, el nuestro, el de nuestras hijas. Un lenguaje que no substituya al cuerpo a cuerpo, como lo hace la lengua paterna, sino que lo acompañe; palabras que no cierren el paso a lo corporal, sino que hablen en "corporal". Es importante que conservemos nuestros cuerpos al mismo tiempo que los sacamos del silencio y la servidumbre.

Pienso que también es necesario, para no ser cómplices del asesinato de la madre, que afirmemos la existencia de una genealogía de mujeres. Una genealogía de mujeres dentro de nuestra familia: después de todo, tenemos una madre, una abuela, una bisabuela, hijas. Olvidamos demasiado esta genealogía de mujeres puesto que estamos exiladas (si se me permite decirlo así) en la familia del padre-marido; dicho de otro modo, nos vemos inducidas a renegar de ella. Intentemos situarnos dentro de esta genealogía femenina, para conquistar y conservar nuestra identidad. Y no olvidemos tampoco que ya tenemos una historia, que en la historia, aunque haya sido difícil, han existido algunas mujeres y que con demasiada frecuencia las olvidamos.

La singularidad de nuestro goce

A través de todo esto, lo que debemos hacer (pero no se trata de hacer lo uno antes que lo otro) es descubrir nuestra identidad sexual, es decir, la singularidad de nuestro autoerotismo, de nuestro narcisismo, la singularidad de nuestra homosexualidad. Sin olvidar que las mujeres, dado que el primer cuerpo con el cual

tienen contacto, el primer amor con el que tienen contacto es un amor maternal, es un cuerpo de mujer, las mujeres, digo, mantienen siempre—a menos que renuncien a su deseo— una cierta relación arcaica y primaria con lo que se denomina homosexualidad. En tanto que los hombres, normalmente, se situarían siempre en la heterosexualidad, puesto que su primer amor hacia las otras mujeres. Lo que podríamos llamar (pero no me gustan estas palabras-etiqueta) entre muchas comillas "homosexualidad secundaria". Con ello intento designar simplemente una diferencia entre el amor arcaico a la madre y el amor hacia las otras mujeres-hermanas. Este amor es necesario para no seguir siendo servidoras del culto fálico, u objetos de uso y

ENEMISTAD Y SORORIDAD

Marcela Lagarde*

objeto de amor y de deseo es un cuerpo de mujer. Para las mujeres, la primera relación de deseo y de amor va dirigida al cuerpo de una mujer. Y cuando la teoría analítica dice que la niña debe renunciar al amor de y hacia su madre, al deseo de y hacia su madre, a fin de acceder al deseo del padre, está sometiendo a la mujer a una heterosexualidad normativa, corriente en nuestras sociedades, pero completamente patógena y patológica. Ni la niña ni la mujer deben renunciar al amor a su madre.

Intentemos descubrir también la singularidad de nuestro de intercambio entre hombres, objetos rivales en el mercado, situación en la que nos han puesto a todas.

Es importante que descubramos la singularidad de nuestro goce. Desde luego es posible que una mujer goce según el modelo fálico y no faltarán hombres ni pornógrafos dispuestos a hacer decir a las mujeres que gozan extraordinariamente dentro de tal economía. Pero subsiste el interrogante de si entonces no se ven exiladas de sí mismas. Perdidas para ellas mismas, sin imágenes, sin espejo, que las devuelvan a su identidad.

Dora

Con Dora hemos hecho muchas cosas y esto entre mujeres es inusitado. Juntas tarde a tarde, entre cursos y seminarios, asambleas y manifestaciones, nos hicimos antropólogas.

Cuando nos conocimos ni siquiera imaginamos que ya éramos parte del mundo del 68, necesaria referencia histórica y mítica del mundo de hoy. En él,

descubrimos en la práctica el compañerismo y la lucha por la democracia. En los setenta pasamos del estudio de *El Capital* y *El Estado y la Revolución*, a *La formación de los intelectuales*. Entonces, una larga lista de compañeros dimos un viraje radical a nuestras vidas, al ser llamados al viejo PC, y desde entonces hemos fundado sindicatos, hecho huelgas y muchas otras cosas, como el PSUM y ahora el PMS, el Frente Democrático...

Con Dora hemos llenado el aire de la tarde de confesiones y nuestras intimidades; hemos sido escuchas de nuestras broncas con nuestros hombres, en el trabajo, en el partido y de nuestras complejas maternidades.

Desde ahí, un día hace ya diez años, Dora nos llamó a sus camaradas amigas a discutir el feminismo que nos era tan femeninamente ajeno y hostil, por pequeño burgués y divisionista. En la hospitalidad de su casa y de su sabiduría, en locales y grupos, en encuentros feministas que nos discriminaron por comunistas, y en congresos socialistas que aprobamos feministas y, sobre todo, en la escritura, el feminismo nos ha envuelto con su fascinación.

Nos hemos dado compañía amistosa; hemos chismeado, estudiado y escrito. Desde la lectura de Simone de Beauvoir, la Kolontay y la Chodorow, pasando por la hechura de nuestro periódico feminista de cuatro números *La mitad del mundo*, hasta nuestra colección editorial, que repitió el nombre —en la que sólo publicamos dos títulos de Franca Basaglia—los libros siempre han estado entre nosotras y son húespedes intercambiables de nuestras bibliotecas.

Con Dora nos hemos divertido y hemos estado próximas y cálidas en momentos significativos de nuestras vidas y de nuestros mundos.

Con Dora siempre he aprendido algo, y he cambiado. Recuerdo cuando en el Encuentro Sindical sobre la Condición de la Mujer organizado por las feministas poblanas, al que fuimos a exponer sendas ponencias, no salía de mi azoro y de una molestia profunda cuando yo reivindicaba la estrategia de una nueva feminidad y Dora, con su sabiduría en voz baja, me dijo: "no se trata de seguir en lo mismo pero mejorado, sino de construir una verdadera humanidad". Tardé tiempo en digerirlo. Es doloroso dejar de ser, de la única manera que una sabe serlo, pero es necesario. Nada es más opresivo para las mujeres que el contenido de género que tenemos. Pero, ¿si en verdad cambiamos, que habrá quedado de las mujeres? Sólo un pasado compartido con otros que mirarán atrás, en el recuerdo, para reconocer la historia de la discontinuidad, de la enajenación. Confirmo: Dora siempre está un paso adelante y siempre también está en la disposición de compartir, de descubrir con las demás y de construir opciones nuevas de vida para todas.

La sororidad

Desde nuestra experiencia como compañeras, como militantes y como amigas feministas nos hemos encontrado en la *sororidad*, vivida primero y teorizada después.

La sororidad parte de un esfuerzo por desestructurar la cultura y la ideología de la feminidad que encarna cada una, como un proceso que se inicia en la amistad/enemistad de las mujeres y avanza en la amistad de las amigas, en busca de tiempos nuevos, de nuevas identidades. Las francesas (Gisele Halimi) llaman a esta nueva relación entre las mujeres, sororité, del latín sor, hermana; las italianas dicen sororitá; las feministas de habla inglesa la llaman sisterhood; y nosotras podemos llamarla *sororidad*: significa la amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear, y convencer, que se encuentran y reconocen en el feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario. La sororidad es en esencia trastrocadora: implica la amistad entre quienes han sido creadas por el mundo patriarcal como enemigas.

La alianza de las mujeres

*Marcela Lagarde, de nacionalidad mexicana, es antropóloga. Este texto es una parte de su artículo "Enemistad y sororidad: hacia una nueva cultura feminista" publicado en *Fin de siglo. Género y cambio civilizatorio* (Isis Internacional, Ediciones de las Mujeres N° 10, dic. 1992).

en el compromiso es tan importante como la lucha contra otros fenómenos de la opresión y por crear espacios en que las mujeres puedan desplegar nuevas posibilidades de vida. En otros momentos, el feminismo y otras corrientes concibieron la opresión de las mujeres como exterior a las mujeres mismas. Para acabar con ella, sólo se hacía necesario modificar las relaciones mujer-hombre, producción-reproducción, públicas y privadas, las instituciones y algunas normas. Esto continúa vigente. Pero hemos comprendido que el feminismo pasa por la transformación profunda de las mismas mujeres y de las mujeres entre sí, porque las mujeres no somos solamente víctimas de la opresión; somos significativamente sus criaturas más sofisticadas cuya tarea vital es la recreación cotidiana del mundo patriarcal.

El nudo político madre-hija

Requerimos la sororidad como superación de la relación más opresiva de todas, que es la relación real, simbólica, imaginaria y fantástica, que mantiene un lazo desigual y asimétrico entre las mujeres. La sororidad es superación también de esta escisión constitutiva de cada una. Se trata de la repetición, de la proyección, de la puesta en acto, del nudo político madre-hija, yo y la otra.

Las relaciones de amor/odio entre las mujeres están siempre atravesadas por la envidia que funda la rivalidad entre nosotras. En el mundo patriarcal esta rivalidad encuentra su fundamento y se reproduce en la competencia permanente por ocupar un sitio en él.

En la relación básica con la amiga, las mujeres encuentran la madre afectiva que no es la madre omnipotente de la pequeña niña, sino una mujer, una igual, de la cual aprenden, a la cual enseñan, con quien se acompañan, con quien construyen. No es más la madre, aparece la hermana como compañía. La sororidad puede significar la realización del deseo oculto que moviliza a la mujer a la búsqueda del objeto perdido, de la madre perdida.

Esta nueva relación sororal paritaria entre las mujeres implica un doble cambio: es el encuentro con la madre simbólica resignificada por la aceptación de la otra, y es una metodología que permite a las mujeres construir una identidad íntegra y cohesionada, no fragmentaria ni infantil. En esta relación, unas son el espejo caleidoscópico de las otras que, a su vez, lo son de otras, y así sucesivamente. Cada cual permite a las demás mirarse a través de la mirada y la escucha, de la crítica y del afecto, de la creación, de la experiencia.

Pero en la sororidad se encuentra la posibilidad de desarticular, además de la enemistad histórica mujer-mujer, la opresión patriarcal entre los géneros (hombre-mujer). El feminismo tiene como centro la creación de nuevas identidades para las mujeres, y la sororidad ocupa una posición fundamental en la desestructuración de la feminidad tradicional. Sólo por la vía de develar la carga de agresión que tenemos unas hacia las otras y de ir desmontándola, esa agresión no se vuelve contra nosotras mismas. La sororidad es la posibilidad de usar para nosotras mismas, en la alianza, los conocimientos y las prácticas amorosas, los cuidados afectivos e íntimos que, en la división genérica del mundo como madres, volcamos hacia los hombres y hacia los otros.

Se trata de vencer el desapego de las mujeres de sí mismas, su desamor, y de que el sistema genérico patriarcal no tenga más a las mujeres como siervas voluntarias, sino que encuentre en ellas la negación a servir, a cuidar, a trabajar invisiblemente para los otros, que no haya más renuncia, culpa, agresión y dádiva. La sororidad aparece, pues, como espacio previo y como mediación para alcanzar la completud. Las mujeres podemos cuidarnos a nosotras mismas, lograr que la mirada diaria al espejo esté dedicada a reconocernos y la mirada a las otras sea para mirarnos en ellas y nuevamente reconocernos. La herida fundante de la madre niña sin madre de la que nos habló Franca Basaglia hace años, sólo puede ser cicatrizada con la alianza entre las amigas.

UN NOMBRE PARA LA RELACION DE RUTH Y NOEMI*

Una mujer preocupada por otra mujer.
Una mujer orientando a otra mujer.
Una mujer siguiendo a otra mujer.
Una mujer apoyándose en otra mujer.
Una mujer confiando en otra mujer.
Una mujer creyendo en el Dios de otra mujer.
Una mujer escuchando a otra mujer.
Una mujer alimentando a otra mujer.
Una mujer protegiendo a otra mujer.
Una mujer promoviendo a otra mujer.

Dos mujeres que juntas siguen adelante
una que planea y aconseja,
otra que alimenta y seduce
nuera y suegra
dos viudas
dos marginadas
dos mujeres haciendo su camino,
siguiendo su proyecto
Las dos sobreviven juntas
se apoyan mutuamente
y vuelven a ser parte de la sociedad.

Relación centrada en la otra mujer
A donde tu vayas yo iré
tu pueblo será mi pueblo
y tu Dios será mi Dios

Las mujeres de Belén alaban a Ruth:
Una nuera que vale más que siete hijos.

Ute seibert-Cuadra

Hemos descubierto que la búsqueda de referencias simbólicas ofrecidas por otras mujeres es muy antigua y que tal vez ha adoptado la misma modalidad que nosotras le hemos dado: en una relación de *affidamento*, como la que se da en la historia bíblica de Ruth y Noemí.

Cuenta el *Libro de Ruth* que, en tiempo de los Jueces, un hombre de Belén dejó su pueblo a causa de la carestía y marchó con su mujer Noemí y sus hijos al país de los moabitas. El hombre murió y los hijos se casaron con dos moabitas, Orpa y Ruth. Pasados diez años murieron también los hijos y Noemí se encontró viuda en tierra extraña con dos nueras viudas. Entonces, al saber que la prosperidad había vuelto a su tierra, decidió volver. Se puso en camino y en medio de la calle besó a sus nueras y les dijo: "Volved a casa de vuestra madre y que el Señor os ayude a encontrar marido, como vosotras me habéis ayudado a mí y a los hombres que se me han muerto. Las dos jóvenes rompieron a llorar y le rogaron que se quedara con ellas. Noemí las hizo razonar: "Yo no puedo daros un marido: soy vieja y aunque tuviera hijos, no podríais esperar que alcanzasen la edad de desposarse". Orpa besó a Noemí y volvió atrás. Ruth no se movió. "Tú cuñada—le dijo Noemí—ha vuelto a su pueblo y a sus dioses. Haz como ella". "No me separaré de ti—dijo Ruth. Me quedaré contigo: donde tú vayas, iré yo; cuando te detengas, me detendré; tu pueblo será mi pueblo; tu Dios será mi Dios; en la tierra que te reciba a tu muerte seré sepultada yo".

Noemí, al verla tan constante, la llevó consigo y juntas llegaron a Belén, donde las mujeres reconocieron a Noemí a pesar de los años transcurri-

dos. Apenas había comenzado la recolección de la cebada, dice el *Libro de Ruth*. Luego cuenta cómo Ruth, siguiendo paso a paso las instrucciones de Noemí, llegó a ser esposa de un hombre bueno y rico, Booz, y madre de su heredero. Cuando nació el niño, las vecinas le dijeron a Noemí: "El Señor sea loado, tendrás quien te alimente en la vejez. Gracias a tu nuera que te ama y que para ti vale más que siete hijos varones". Noemí levantó al pequeño y se lo puso en el regazo y las vecinas se congratularon diciendo: "A Noemí le ha nacido un hijo".

Hemos dado un nombre a la relación de Ruth con Noemí: la hemos llamado *affidamento*. La palabra *affidamento* es bella, contiene la raíz de palabras como fe, fidelidad, fiarse, confiar. Es preciso saber que en las múltiples lenguas de una cultura milenaria no había ningún nombre para designar una relación social de este tipo, ni para ninguna otra relación entre mujeres.

Probablemente a ninguna de nosotras nos han enseñado la necesidad de cuidar muy especialmente las relaciones con otras mujeres y de considerarlas una fuente insustituible de fuerza personal, de originalidad mental, de seguridad en la sociedad. Y es difícil incluso hacerse una idea de cuán necesarias son estas relaciones, porque en la cultura recibida se han conservado algunos productos de origen femenino, pero no su matiz simbólico, en la medida en que los productos se nos presentaban como re-generados por un pensamiento masculino.

Hasta que la experiencia política de relaciones entre mujeres nos ha inducido a observar con mayor atención los hechos del pasado. Así hemos descubierto con asombro que desde los tiempos más antiguos han existido mujeres que trabajaron para establecer relaciones sociales favorables para ellas y para sus iguales. Y que la grandeza de la mujer se ha nutrido con frecuencia (¿o quizá siempre?) de pensamientos y energías que circulaban y circulan entre las mujeres.

Vemos reconstruirse así la matriz simbólica que había quedado rota y que una vez más vuelve a alimentar la mente femenina. Al mismo tiempo también comienza a significarse de nuevo la diferencia sexual, que no consiste en este o aquel contenido, sino en las referencias y en las relaciones entre las que se inscribe la existencia.

Tener interlocutoras magistrales es más importante que tener derechos reconocidos. Una interlocutora es necesaria si una quiere articular la vida propia en un proyecto de libertad y darse con ello razón del propio ser mujer. La mente de la mujer sin adscripción simbólica tiene miedo. Se encuentra expuesta a hechos imprevisibles, todo le sucede de fuera a dentro. No son las leyes ni tampoco los derechos lo que dará a una mujer la seguridad que le falta. Una mujer sólo puede adquirir la inviolabilidad con una existencia proyectada a partir de sí misma y garantizada por una sociedad femenina.

Una vez observado y sopesado todo esto, hemos llegado a la conclusión de que el hecho de *affidarse* una mujer a su igual tiene un contenido de lucha política.

* Este texto corresponde a una parte de la Introducción de *No creas tener derechos. La generación de la libertad femenina en las ideas y vivencias de un grupo de mujeres*. Librería de Mujeres de Milán. Madrid: Horas y Horas, 1991.

FEMINISTA Y CATOLICA:

una reflexión acerca de las relaciones (im)perfectas

Bridget Lee Cooke

Mirando atrás, veo que fue la religión lo que me salvó. Nuestra fea capilla y escuela parroquial me ofrecieron el único desahogo estético que tuve—en las palabras de la Misa, en las letanías y los antiguos himnos latinos, en los lirios alrededor del altar, en los rosarios, en los libros de oración llenos de adornos, en las lámparas votivas, en las estampitas doradas decoradas con flores y el dibujo de algún santo. Este lado del Catolicismo... fue para mí el equivalente de las catedrales góticas y los manuscritos medievales finamente ilustrados a mano. Me sumergí en esta vida sensual con ardor.

Mary McCarthy, *Catholic Girls*, Amber Coverdale Sumrall y Patrice Vecchione, eds. NY: Plume, 1992

La vida me ha convencido de algunas cosas, entre ellas de la inexistencia de las así llamadas "relaciones perfectas" (léase "perfectas" como sinónimo de lo que yo creo querer y necesitar: lo controlable y predecible, lo hecho a mi medida). Como muchas, las he buscado por todas partes sin dar con ellas. Y ahora, con un poco más de realismo, entiendo que es mejor así. Digo eso porque son las relaciones "no-perfectas" las que me parecen más abiertas al futuro, a las posibilidades. Veo ahora que estas relaciones dejan espacio para lo sorprendente y para la gracia. Por "no-perfectas" no me refiero a relaciones de abuso o manipulación, sino más bien a las que, aún siendo buenas y positivas, desafían nuestra manera de ver las cosas y de entender el mundo; por apelar a la diversidad nos producen conflictos internos que requieren de una re-evaluación de nosotros/as mismos/as. Nos hacen madurar. Sin ellas la vida se volvería monótona, perdiendo su capacidad de estímulo y de motivación. Las relaciones "no-perfectas" exigen que utilicemos nuestra creatividad, que participemos con todos los recursos personales y colectivos a los que podamos acceder, que revisemos quiénes somos, qué queremos y por qué lo

queremos. En este ejercicio es necesario descifrar los códigos de la relación para llegar a su contenido básico y desde allí mirarla con franqueza y honestidad.

¿Feminista y católica?

Cuando hablamos de relaciones creo necesario ampliar este concepto para incluir no sólo las que tenemos con otras personas, sino que, también, las que nos involucran con otras entidades, sean estas la naturaleza, instituciones o movimientos. Una relación que, a mí, me ha complicado bastante la vida es la que tengo con la iglesia católica. Más de alguna vez, alguien me ha preguntado sobre esta mezcla extraña y, al parecer, incongruente que intento sostener, la de ser feminista y católica, a la vez. La relación entre estas dos "entidades" es, sin duda, "no-perfecta". Por lo que salta a la vista son tan distintas y contradictorias entre sí, como lo son un triángulo y un círculo. En cuestiones sociales, chocan mucho más de lo que coinciden y recientemente, en la esfera internacional (Copenhague, Beijing), sus posiciones contrarias han quedado en evidencia a la vista de todo el mundo. Sin embargo, a nivel personal, somos muchas las personas cuyas raíces se nutren y, por lo tanto, están determinadas en un cierto grado, por estas dos entidades—catolicismo y feminismo.

En mi caso, soy nacida y criada católica; ese era mi entorno infantil y el trasfondo de mi adolescencia. Los primeros regalos que recuerdo haber recibido fueron un librito de oraciones—"palabras para empezar tu diálogo con Dios", me explicó mi mamá—un rosario con cuentas como corazones, y una estatuilla plástica de una niña rezando. "Dios es Amor", decía en letras chicas que destellaban en la oscuridad dando la sensación de estar protegiéndome mientras dormía.

Ser católica en aquel tiempo no me significaba una relación con la estructura eclesial, más bien tenía que ver con la manera con que me relacionaba con el mundo, con mi familia, los objetos, la noche y lo sagrado. Volviendo a la cita del comienzo de este artículo, pienso que sí, a pesar de todas las contradicciones que experimento ahora entre mi ser y la iglesia, yo también podría afirmar que esta "vida sensual" de olores, sonidos e impresiones, esta relación no-perfecta, a la que también me entregué, impregnó mi vida con magia y misterio, dándome, así, algo esencial.

Recuerdo, hace muchos años... *Mamá me compró un gorro nuevo, blanco con flores rosadas y verdes claros, con una cinta que parece de seda; al tomarlo, tiemblo y experimento una sensación entrañable. Sé que el día en que me lo ponga será muy especial, distinto a todos los demás. Cuando al final ese día llega y nos marchamos de la casa, yo con mi gorro nuevo puesto y sintiéndome transformada, juro que hasta el cielo se ve diferente, más azul que lo normal y el sol irradia de tal manera que deja todo bañado de luz dorada.*

Al entrar en el templo, ya repleto, la fragancia de muchas flores nos saluda. Respiro hondo, llenándome con ella. No quiero soltar el aire. Tampoco escucho al cura cuando empieza a hablar; los múltiples colores (de lienzos alegres, de vestidos floreados, de

velas, claveles y rosas) me tienen distraída. Ojos ebrios de naranjo y amarillo, rojo, verde, azul y morado. Comienza el canto, voces de ángeles enviados del cielo. Con flauta y arpa llenan el espacio, suben al techo y bajan por la escalera, y yo me dejo ir con ellas, vagando por todas partes y, por unos minutos, dejo de ser yo sola, una niña de siete años. Me conecto con algo más grande, y me siento parte de todo...

Este y una docena de otros momentos parecidos son más que simples experiencias vividas en un tiempo lejano; son acontecimientos que han penetrado hasta el fondo de mi ser, que han logrado tocar mi alma. Conforman mis tejidos. Siento que son ellos, entre otras cosas, los que me hacen católica.

A la vez, iba creciendo feminista. Era herencia de mis abuelas, de mis tías y de mi madre; herencia del movimiento de mujeres de mi país que soñaban con libertades y respeto, herencia también de las monjas franciscanas, innovadoras y apasionadas, que me enseñaron a creer en mí misma. Esta influencia estuvo presente, inconscientemente, durante toda mi niñez y buena parte de mi juventud. Pero cuando vino el despertar, cuando me di cuenta de quién era y cómo entendía las cosas que pasaban, cuando esto empezó a determinar mis acciones y me impulsó a buscar activamente más ideas y discursos feministas, mis mundos entraron en discordia. Y desde entonces no he logrado hacer de todo esto una relación armónica. Al contrario, ha sido un caminar lleno de frustración, rabia y lágrimas. Más de una vez he querido abandonar el barco y buscar otras aguas en que nadar. La tensión agota.

¿Reaccionar o proponer?

Sin embargo, pienso que quizás vale la pena tratar de vivir estas dos columnas de mi ser, y espero que el esfuerzo no sea masoquista. Por lo menos no lo entiendo así. Percibo que esta tensión, además de ser desgastadora, me ha servido para afinar mis intuiciones y agudizar mis pensamientos, para mostrar la necesidad absoluta de un cambio social radical (¡qué mejor lugar para ver esta necesidad que desde la estructura jerárquica y patriarcal de la iglesia católica!), y también me ha inculcado una fe tremenda en lo que se puede hacer con otros/as, desde los márgenes.

Lo que me parece esencial es asumir la responsabilidad de crear nosotros/as mismos/as nuestros sueños. Muchas veces dejamos que los otros definan la realidad, que ellos rayen la cancha y tratamos de ajustarnos a sus reglas del juego. Ellos deciden qué significa ser católico/a y nos sentimos culpables por no caber bien dentro de su designación. Ellos escriben las doctrinas y nosotros/as gastamos una buena parte de nuestra energía discutiéndolas. El luchar contra el sentido de culpabilidad y quedarnos a la defensiva, inhibe un desarrollo más positivo. No digo que el trabajo de argumentar en contra de ideas dañinas no sea importante, pero mientras lo hacemos podemos estar, al mismo tiempo, viviendo nuestras utopías, realizando algo de lo que anhelamos, aunque sea de manera incipiente.

Me gustaría concluir destacando dos elementos—que yo misma he experimentado—de crecimiento y enriquecimiento provocados por esta relación "no-perfecta" que tenemos quienes nos reconocemos feministas y católicos/as: primero, el desarrollo de nuestros poderes creativos para imaginarnos, soñar y proponer otras formas posibles de vivir nuestras convicciones; y segundo, la creación de muchas amistades ricas, formadas en el espacio de compartir sueños y propuestas, y en el trabajo subsiguiente de hacerlos realidad. Cuando compartimos con otros/as nuestras preocupaciones y anhelos entramos en el territorio del compañerismo que nos es tan necesario. Además de estos beneficios, confío en que irán apareciendo muchos más en el camino.

DIOS: ¿PODER EN RELACION?*

Ute Seibert-Cuadra**

¿Cómo podemos entender el impacto de las relaciones de poder en nuestra construcción de identidad? ¿Qué tipos de relaciones generan determinado ejercicio del poder? ¿Qué símbolos e imágenes de Dios favorecen el desarrollo del poder jerárquico, por un lado, y del poder en relación, por el otro? Estas preguntas estuvieron presentes en las conversaciones durante un Taller realizado recientemente. Allí buscamos símbolos, en primer lugar, para el poder-sobre, el poder jerárquico. Las imágenes vienen en seguida: una bota militar, un púlpito, una tarima, una espada, bosques quemados, un dedo levantado, la voz fuerte, una pirámide. Reflejos de experiencias de impotencia, de desigualdad, de sentirse anulada, dominada, disciplinada, educada. En un segundo momento, nos centramos en otras relaciones de poder, el poder-con, el poder en relación. Surgen imágenes: un abrazo, una sonrisa, un círculo, un jardín, una casa, dos manos. Reflejos de experiencias de poder recibir y entregar, construir, crecer, confiar y sentirse segura. Vemos enseguida que los símbolos y metáforas que usamos para hablar de Dios, de lo sagrado, también expresan un tipo de relación, se refieren a, y sostienen una, determinada relación de poder que se vincula también con los afectos.

"En el principio es la relación".
Martin Buber

"Nuestra comprensión del poder afecta lo que creemos acerca del valor y el fin de la vida y de la naturaleza de la realidad divina".
Rita Nakashima Brock

* Gracias a Aída, Alicia, Elida, Nevita, Myriam, Eugenia, Eliana, Estela y Bridget quienes al compartir sus reflexiones, visiones y dibujos acerca de nuestras relaciones, afectos y poderes dieron vida a este artículo.

**Ute Seibert-Cuadra es teóloga y pastora luterana. Vive en Santiago de Chile.

Mujeres dibujando, buscando imágenes. En el centro, dibujos de imágenes de Dios que sustentan el poder jerárquico: un triángulo con un gran ojo; un confesionario; una cruz sobre un gran pedestal; una balanza; la virgen María, sumisa, la mirada hacia abajo con los ojos cerrados; un Dios-varón grande que contiene en su cuerpo el planeta y aparece como una persona sin ojos, sin oídos, sin boca, sin nariz, sin manos.

Una segunda serie de dibujos se refiere a imágenes que sustentan el poder-con, el poder-en-relación: una ronda de personas, diversas en forma y colores, tomadas de la mano; una mujer dando a luz; personas tomadas de la mano, dando y recibiendo; María al lado del pesebre con Jesús recién nacido; María riéndose, con alegría en el rostro, las mejillas coloradas y los brazos abiertos; un remolino de colores y energía que se extiende.

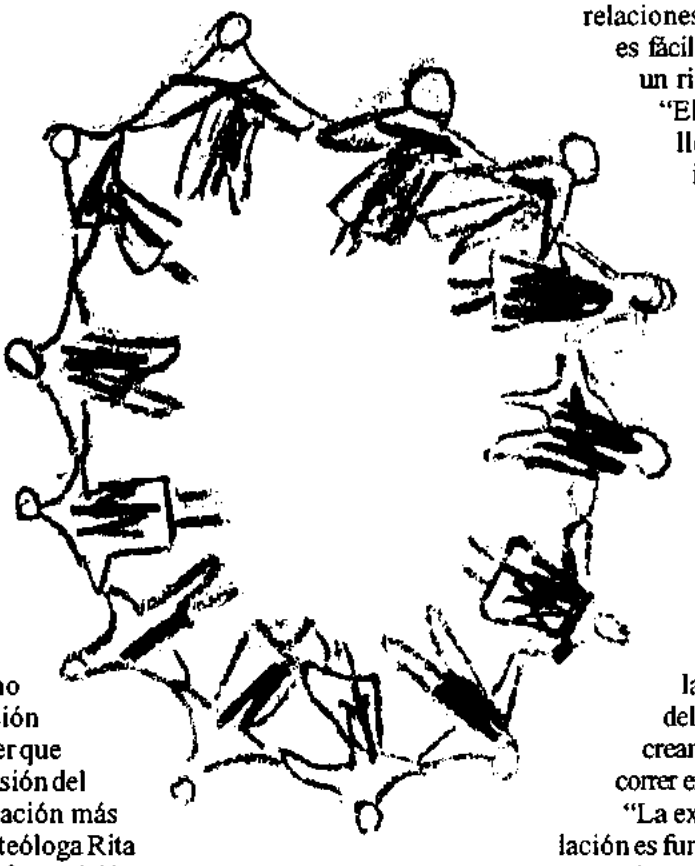
Leyendo nuestros dibujos

Las imágenes de la primera parte reflejan algunos de los símbolos más recurrentes del cristianismo. Aparece un Dios omnipotente y omnipresente, el gran ojo que todo lo ve. Este Dios es autosuficiente: una de las imágenes muestra el ojo encerrado en el triángulo de la Santísima Trinidad; la relación se genera allí entre "Padre, Hijo y Espíritu Santo", circula entre ellos(!) y no precisa de nadie más. Sin ojos ni boca, sin oídos ni manos, lo dibuja otra mujer: no se puede expresar con más claridad la no-relación, la no-comunicación, un Dios que es el absolutamente otro. En la tradición cristiana se ha enfatizado mucho la soledad y la autosuficiencia de Dios. El no necesita a nadie, crea de la nada y salva a los seres humanos *sacándolos* de la condición humana ya que la verdadera vida se espera para el *más allá*. La imagen de la cruz, por su parte, enfatiza el sufrimiento, al martirio y el sacrificio como lugares donde este Dios redime a la humanidad. "Las doctrinas de la nueva vida a través de la muerte del Hijo, hacen que la *separación* y la *desconexión* sean la fuente de reconciliación y conexión". [1]

Las imágenes de la segunda serie buscan alternativas: Dios en relación, Dios en la relación, un círculo de personas diversas, Dios como poder en relación, un remolino de energía y colores, María riendo y alegrándose; Dios siendo y aconteciendo, manos que dan y reciben, una mujer dando a luz, María cuidando a su criatura.

Varios elementos llaman la atención en estos dibujos: las imágenes son múltiples, abiertas a cambios, expresan momentos de un proceso. En el círculo, por ejemplo, aparecen personas diversas en colores, tamaño, movimientos y gestos; es una imagen que expresa la capacidad de contener del círculo en el momento en que se constituye, pero que a la vez, se puede abrir en otro momento e integrar a otras personas; y cada persona que entra al círculo cambia la dinámica del conjunto; las manos que dan y reciben expresan la mutualidad. Otras imágenes están tomadas de la experiencia cotidiana de las mujeres: Dios como una mujer dando a luz; el parto como imagen de la creación de nueva vida, después de un proceso de crecimiento y espera—y parte de un proceso que continúa. En María que cuida a Jesús recién nacido aparece la actividad materna de criar y nutrir y que luego tendrá que soltar también, dando lugar a otra imagen, María riendo y alegrándose, con los ojos abiertos y los brazos extendidos, lista para compartir, abrazar y celebrar. Una mujer feliz. Energía que contagia y se extiende, como en el dibujo del remolino de energía y colores, calor, fuego interior, fuerza de vida. Dios siendo y aconteciendo.

Todas estas imágenes expresan relaciones donde el amor y la comunicación están presentes, donde se propicia el crecimiento y el cambio. Reflejo de experiencias ricas, placenteras, vividas por mujeres. Nues-



tras experiencias de conexión y de relaciones satisfactorias nos permiten pensar en, y experimentar a, Dios como *poder en relación* y enfrentarnos a nuestra herencia teológica.

Amor y poder

"El cristianismo padece de una visión jerárquica del poder que socava su comprensión del amor en su encarnación más plena", constata la teóloga Rita Nakashima Brock.[2] La visión patriarcal de un Dios todopoderoso que está por sobre nosotras/os nos ha impedido comprender "que todas/os somos parte el uno del otro y nos co-creamos en la profundidad de nuestro ser". El camino hacia estos "territorios de conexión más allá de los poderes patriarcales" pasa por descubrir el *poder erótico* del que nos habla Audre Lorde, la energía del amor encarnado. Al incorporar las dimensiones de lo sagrado a este concepto llegamos a una comprensión diferente del amor divino. En lugar del autosacrificio, proclamado como la más alta forma del amor por la teología cristiana tradicional, Rita Nakashima Brock sugiere que veamos la *intimidad* como el amor en su forma más plena. Describe la intimidad como una relación que crece en un proceso altamente interactivo, de reconocimiento y valoración mutua de parte de personas significativas; se genera allí una conexión basada en la diferencia y la autoafirmación de las personas involucradas, no en la fusión, la dependencia y el control tan característicos de muchas de nuestras relaciones de amor/poder.

Desarrollar y vivir estas relaciones de intimidad no es fácil, requiere e implica un riesgo permanente: "El bien—que para llegar a ser sagrado incluye nuestra propia existencia individual, aun cuando se mueve más allá de ella—emerge de los *riesgos* que cada una/o de nosotras/os asume: ser vulnerable hacia las relaciones, el apoyo mutuo, la intercomunicación y la apertura sensitiva, las únicas avenidas del poder divino que crean el bien, requiere correr enormes riesgos".[3]

"La experiencia de la relación es fundamental y básica para el ser humano, es una experiencia buena y poderosa, y solamente dentro de ella (de la relación), tal como acontece aquí y ahora, podemos conocer que el *poder en relación* es Dios. La posibilidad de nombrar a Dios como "poder en relación" es tan extraña para la mayor parte del pensamiento cristiano tradicional, que la investigación teológica requiere una parcialidad hermenéutica *insistente*: el amor al prójimo como a sí misma—*en lugar* del amor a Dios—debe ser *la* norma de la vida cristiana y de la teología cristiana. Eso requiere nuevos símbolos e imágenes a través de los cuales

expresamos el significado de nuestro poder común".[4]

Los dibujos de las mujeres ofrecen algunos de estos símbolos de relaciones de igualdad y mutualidad. Estamos en camino. ¿Será necesaria, entonces, esta insistencia de Carter Heyward en sustituir el amor a Dios por el amor al prójimo? Busco la respuesta en ese punto donde se cruzan el poder y los afectos, donde chocan, se contradicen, se oponen. En este caso, en las tantas situaciones donde seguimos sugiriendo, esperando, afirmando tanto el poder de Dios como el amor de Dios. Durante siglos los cristianos han afirmado que Dios es todopoderoso y a la vez todo amor. ¿Es posible hacer estas dos afirmaciones acerca de Dios al mismo tiempo?

Si se afirma que *El* es todopoderoso, ¿cómo se puede explicar el sufrimiento, el holocausto? ¿Es Dios entonces un cínico arbitrario o un sádico? O si se afirma que *El* es amor, ¿hay que concluir frente a las grandes catástrofes de este siglo que Dios es débil, impotente—un derrotado? Estas preguntas no son nuevas y en la historia se han buscado respuestas y construcciones teológicas diversas para contestarlas y resolver el dilema. Pero después del holocausto de hombres, mujeres y niños judíos durante la dictadura nazi, la idea de la muerte de Dios, la muerte del Dios todopoderoso, ha formado parte del pensamiento teológico.

Si ya no parece posible hablar de un Dios que es al mismo tiempo todopoderoso y todo amor, y si después de Ausschwitz lo más honesto pareciera ser constatar la muerte de Dios todopoderoso, ¿cómo podemos, entonces, seguir hablando de Dios como amor?

Vuelvo a las reflexiones de Rita Nakashima Brock e Isabel Carter Heyward que nos recuerdan la interrelación que existe entre todas las cosas y personas e invitan a descubrir la intimidad como la forma más plena del amor, y la relación mutua como el espacio posible para que el amor se desarrolle. Dios no es ni autónomo, ni autosuficiente; es un ser en relación. "Si Dios nos ama", plantea Carter Heyward, "la relación entre el ser humano y Dios es mutua, dinámica y de provecho para ambas partes. Ningún amante es totalmente autónomo, ni puede permanecer totalmente intocado por la persona amada o absolutamente impasible".[5] Otras reflexiones proponen hablar del amor de Dios usando las metáforas de madre, amiga/o y amante.[6] Las diferentes propuestas tienen en común la idea de que "el amor o un Dios real existen solamente en relación. Yo no tengo ningún poder que podría dar desde mí misma. El amor no es algo que puedo realizar sin ti. Dios es nuestro para que lo compartamos. Nos damos a Dios y recibimos de Dios. Experimentamos a Dios juntos/as o no lo experimentamos de ninguna manera. La diferencia entre la caridad liberal y el amor radical está en el hecho que esa caridad es condescendiente; el amor, en cambio, es mutuo. El Dios de los liberales es una divinidad que mira hacia abajo y siente una compasión benévola. Esa divinidad da a los necesitados pero ella misma no tiene necesidades. Nuestro Dios es un Dios que extiende su mano y hacia quien se extienden manos, un Dios que toca y es tocado. Nuestro Dios da y recibe poder".[7]

Dios como *poder en relación*, es a la vez *amor* (que se puede vivir y experimentar solamente *en relación).* Está aconteciendo, está presente donde se busca felicidad, vida plena, donde se hace justicia, donde se ama al prójimo y se vive la amistad. Pareciera ser más fácil hablar de Dios en forma de verbo, no de sustantivo. "Hacer Dios", "actuar Dios", "hacer acontecer a Dios" son expresiones que intentan nombrar esa otra relación de mutualidad, de crecimiento y conexión, de poder y de amor.

Notas

1. Rita Nakashima Brock *Journeys by Heart. A Christology of Erotic Power*, New York, Crossroad 1991, p.XIII
2. ibid, p.49
3. ibid, p.48
4. Isabel Carter Heyward *Und rührte sein Kleid an. Eine feministische Theologie der Beziehung*, Stuttgart, Kreuzverlag 1987, p.44
5. ibid, p.48
6. ver Sallie Mc Fague *Modelos de Dios. Teología para una era ecológica y nuclear*, Ed.Sal Terrae, Santander 1994
7. Heyward, ibid, p.32

poder

Nos preguntamos por los sentidos de la palabra "poder" en el contexto específico de la construcción de las identidades de género. Nos referimos, entonces, a los múltiples poderes en juego en la vida cotidiana, en los distintos ámbitos de interacción en los cuales nos hemos ido construyendo como personas—mujeres y hombres.

El poder produce verdad

Si pensamos en nuestras propias experiencias, constatamos que nos hemos situado durante toda nuestra historia en estructuras de relación cambiantes. En este sentido, no podemos decir que somos portadoras eternas de un determinado tipo de poder o que somos víctimas permanentes de un poder de otros. Más bien los poderes han ido circulando y adoptando los contenidos simbólicos correspondientes a la *posición* que asumimos en una determinada relación.

El punto es: ¿en qué dominios históricos particulares se dan estas relaciones? Aquí entran en juego los ordenamientos sociales transmitidos con carácter de "verdad" en los espacios de nuestras familias, escuelas, trabajos, a través de los medios de comunicación, de las leyes, etc. Nuestros comportamientos individuales han sido disciplinados en torno a una cierta forma de vivir considerada normal. El poder, entonces, no sólo se impone, sino que produce "verdad"; en otros términos produce una cierta manera de ver el mundo, una determinada mentalidad, que hace que se produzca y se reproduzca una determinada relación de poder.

Autonomía/dependencia

El poder en el sentido relacional implica la capacidad de los actores para conseguir ciertos resultados cuando la realización de tales resultados depende de la acción de otros. Esta relación entre actores con capacidad desigual—porque movilizan recursos (simbólicos) que los sitúan en posiciones desiguales—puede ser entendida como una relación de *autonomía/dependencia*. Las relaciones de poder, desde esta perspectiva, siempre son de doble sentido: incluso el agente más autónomo es en algún grado dependiente, y el más dependiente es en algún grado autónomo.

Desde una perspectiva de género, podría sugerirse que la búsqueda de equidad entre hombres y mujeres pretende alcanzar un equilibrio en una relación de autonomía/dependencia, donde un actor (el hombre) es más autónomo que dependiente, y el otro actor (la mujer) ha sido más dependiente que autónoma.

Empoderamiento

Esta transformación de la relación autonomía/dependencia está al centro de los aportes feministas al tema del poder entre los géneros. La noción clave aquí es la de "*empoderamiento*". Este concepto tiene distintas lecturas. En la literatura feminista existe una tensión entre la noción de empoderamiento como una asertividad individual o elecciones individuales, y una noción más colectiva del mismo. Ambas nociones conviven en el discurso feminista.

La noción de *poder/empoderamiento* levantada por la perspectiva de género ha significado un giro en el enfoque sobre mujer y desarrollo, desde la noción de "*condición de la mujer*", a la noción de "*posición*". El concepto de "*condición*" remite a una base material que se expresa en el acceso a determinados recursos como educación, trabajo, salud, vivienda y no implica relación; en tanto, "*posición*" es un concepto esencialmente relacional e implica promover el cambio en las relaciones de poder/subordinación entre los géneros. El foco de interés es la transformación de las jerarquías entre los géneros, hacia posiciones de igualdad.

Tres tipos de poder

Starhawk, en su libro *Truth or Dare,* analiza y ejemplifica tres tipos de poder que coexisten en nuestras relaciones: el *poder sobre*; el *poder desde adentro* y el *poder con*. El *"poder sobre"* se refiere al poder jerarquizado, que regula las relaciones entre los seres humanos y de éstos con la naturaleza. Este tipo de poder tiene un fundamento material, basándose en la habilidad para castigar a través de la imposición de sanciones físicas o económicas. Tanto el "*poder desde adentro*" como el "*poder con*" se fundamentan en otro tipo de fuente, que tiene que ver más con lo espiritual que con lo material. El "*poder desde adentro*" está ligado al misterio que despiertan nuestras potencialidades más profundas. Surge del sentido de conexión con otros seres humanos y nuestro ambiente. El "*poder con*" es un poder social, es la influencia que ejercemos unos/as a otros/as entre iguales. Se origina en la voluntad de escucharse unas/os a otras/os. Es más sutil, fluido y flexible que la autoridad. Se afirma en la responsabilidad personal, la propia creatividad y en la voluntad del "otro" de responder.

Starhawk hace notar que para las mujeres el "*poder con*" no es fácil de ejercer. Por educación estamos más bien acostumbradas a relegarnos y a no ser valoradas equitativamente en situaciones de debate, en los cuales podríamos poner nuestras ideas en el tapete.

La forma en que definamos la palabra "poder" cobra singular importancia, dado que las palabras definen la realidad y la reproducen. Starhawk dice: "sólo cuando sepamos cómo hemos sido moldeados por las estructuras de poder en las cuales vivimos podremos volvernos moldeadoras/es". ●

Nota:

Las ideas sobre el término "poder" desarrolladas en esta sección las hemos extraído de: Jacqueline Gysling y M. Cristina Benavente, *Relaciones de poder en la sexualidad y la reproducción*. Santiago: Nueva Colección FLACSO, 1996 (en prensa); y Starhawk, *Truth or Dare. Encounter with Power, Authority, and Mystery*. San Francisco: Harper, 1990.

todas/os comerán del poder

Nos juntamos a celebrar nuestras relaciones. Estamos sentadas en círculo. En el centro hay una fuente de romero, una vela encendida, pan y vino.

Mientras escuchamos una música suave, una de nosotras nos invita a recordar una relación de desigualdad y a conectarnos con los sentimientos, recordar los gestos, las palabras, las emociones y las sensaciones experimentadas por nuestro cuerpo en esta situación. Después de un tiempo, cada una escribe en un papel lo más negativo que descubrió al recordar esta relación de desigualdad.

Luego, con otra música, somos invitadas a recordar una relación positiva, de igualdad, y a conectarnos también con los sentimientos, recordar los gestos, las palabras, las emociones y las sensaciones experimentadas por nuestro cuerpo en esta ocasión. Pasado un tiempo, cada una escribe en un papel de color, los elementos que hicieron que esta relación fuese positiva y de igualdad.

Nos ponemos en círculo y una por una comparte los elementos que anotó acerca de la relación de desigualdad, y al poner el papel en la fuente y quemarlo, dice: "Quiero liberarme de...". En esta ocasión nombramos la indiferencia, la prepotencia, la violencia y el abuso, el sentirse humillada y anulada, la falta de aceptación, la rabia, el dolor y la impotencia que esas situaciones nos han provocado, como realidades que queremos transformar. Al finalizar esta ronda, hacemos juntas un movimiento de Tai Chi—"rechazar - transformar - recibir".

Luego compartimos nuestras relaciones de igualdad colocando los papeles de colores al centro, diciendo "Quiero afirmar ...". Aparecen la confianza, el apoyo, la amistad, la igualdad, la acogida, la escucha y la justicia como realidades que queremos afirmar y hacer crecer en nuestras relaciones. Seguimos en círculo y nos hacemos un masaje en la espalda.

Continuamos con la lectura de este poema-bendición de Carter Heyward:

Bendiciendo el pan

En el principio era Dios
En el principio
la fuente de todo lo que existe
En el principio
Dios anhelando
Dios lamentándose
Dios trabajando
Dios dando a luz
Dios regocijándose
Y Dios amó lo que ella había hecho
Y Dios dijo,
"Es bueno".

Y Dios, sabiendo que todo
lo bueno se comparte
tomó la tierra en sus brazos con ternura
Dios anhelaba la relación
Dios suspiró por compartir la buena tierra
Y la humanidad nació en el anhelo de Dios
Nacimos para compartir la tierra.

En la tierra estaba la semilla
En la semilla estaba el grano
En el grano estaba la cosecha
En la cosecha estaba el pan
En el pan estaba el poder.

Y Dios dijo,
"Todos/as comerán de la tierra.
Todos/as comerán de la semilla.
Todos/as comerán del grano.
Todos/as comerán de la cosecha.
Todos/as comerán del pan.
Todos/as comerán del poder".

Dios dijo,
"Ustedes son mi pueblo,
Mis amigas/os,
Mis amantes,
Mis hermanas,
Y hermanos
Todos/as ustedes comerán
Del pan
Y del poder
Y comerán".

Entonces Dios, juntando su coraje
en amor, dijo,
"¡Que haya pan!"
Y las hermanas de Dios
sus amigas y amantes
se arrodillaron sobre la tierra
plantaron las semillas
oraron por lluvia
cantaron por el grano
hicieron la cosecha
partieron el trigo
machacaron el maíz
amasaron la masa
encendieron el fuego
llenaron el aire
con olor a pan fresco
¡Y hubo pan!
¡Y era bueno!

Nosotras, las hermanas de Dios decimos hoy,
"Todos/as comerán del pan
Y del poder.
Decimos hoy,
Todos/as tendrán poder
Y pan.
Hoy decimos,
¡Que haya pan!
¡Que haya poder!
¡Comamos del pan y del poder!
¡Y todos estarán satisfechos
Porque el pan se está levantando!"

Para finalizar esta celebración, cada una ofrece a la compañera que tiene al lado, primero el pan, luego el vino, bendiciéndonos mutuamente.

Nota:

Los diferentes elementos de este rito fueron parte de las celebraciones realizadas en el Taller *Nuestras relaciones: afectos y poderes* desarrollado durante los meses de abril y mayo del presente año en la casa del colectivo *Con-spirando* y coordinado por Ute Seibert-Cuadra y Bridget Lee Cooke. La versión completa del poema de Carter Hayward aparece en su libro *Our passion for justice. Image of power, sexuality, and liberation.* New York: The Pilgrim Press, 1984. pp 49-51 (tradujo: Ute Seibert-Cuadra).

HACIENDO LAS CONEXIONES

cartas

Si algún artículo en especial o algún aspecto en general de la revista Con-spirando te suscita una reflexión, una opinión, una disgresión... escríbenos. Esta vez, publicamos algunas de las observaciones que en relación a la revista nos ha hecho llegar una fiel colaboradora/lectora de Con-spirando. El espacio está abierto...

Bruselas, marzo, 1996

Queridas amigas de *Con-spirando*:

En primer lugar quiero decirles que me siento parte del trabajo de ustedes y que si hago algunas observaciones es para intentar que nuestro trabajo común pueda servir cada vez más a las mujeres que lo necesitan.

Admiro mucho el esfuerzo de ustedes para introducir un pensamiento alternativo sobre viejas y nuevas cuestiones. Sé que el número de hombres y mujeres que aprecian la revista está creciendo día a día. Reciban mis parabienes por todo esto.

Me gustaría sugerirles tres cosas que me parecen importantes:

1. Me pregunto si *Con-spirando* no podría introducir en cada número una descripción de datos concretos tomados de la realidad de mujeres de América Latina. Me gustaría ver la presencia de una denuncia clara de situaciones de injusticia o de una experiencia en relación a cómo estamos intentado buscar soluciones. Me gustaría enfatizar la importancia de presentar situaciones concretas vividas por mujeres de diferentes países, sobretodo mujeres del medio popular.

2. En el futuro, si fuese posible, sería bueno agregar una o dos hojas sueltas sobre la temática de la revista en un lenguaje más popular. No propongo que cambien el diseño y la forma de presentación de la revista, sino que éste sea más accesible también para grupos de mujeres más sencillas. *Con-spirando* debería ser también un espacio que favorezca la expresión de las mujeres más sencillas, así como una posibilidad de ampliar sus horizontes.

3. La idea de un correo de lectoras y lectores me parece muy importante. Esto les dará posibilidades de sentir más las reacciones del público. Sería interesante también saber cuáles son los temas que a los/as lectores les gustaría ver presente en la revista.

Agradezco siempre a las "fuerzas de vida" el haberlas encontrado y el sentir su apertura y deseo de servir a las marginalizadas en estos tiempos difíciles en que vivimos. Con mucho cariño,

Ivone Gebara

voces

Queridas amigas,

Les escribimos desde Santiago, Chile, donde estamos en el proceso de hacer realidad un sueño largamente anhelado. Somos ocho mujeres quienes durante toda una semana nos hemos reunido para planificar lo que estamos llamando *"Un jardín compartido: mujeres, espiritualidades, éticas y teologías"*.

El proyecto *"Un jardín compartido"* ha sido lanzado por Con-spirando en Chile, WATER en EE. UU., e Ivone Gebara (y su Colectivo Pé no chao, en formación) en Brasil, con la esperanza de ampliar el círculo en el camino. Nuestro primer paso será ofrecer dos jornadas (de dos semanas cada una), durante las cuales participantes de los dos hemisferios podrán conversar, reflexionar, celebrar y diseñar estrategias en relación a temas de interés común en el contexto de nuestra situación socio-política cada día más globalizada e injusta. Buscamos abordar esta situación con los recursos que ha aportado la crítica feminista a nuestras tradiciones religiosas, y empezar a crear y profundizar los vínculos entre nosotras.

El tema para 1997 es "Más allá de la violencia: solidaridad y ecofeminismo". El Colectivo Con-spirando será el anfitrión de la primera jornada que se realizará en Santiago, Chile entre el 27 de enero y el 8 de febrero de 1997. WATER será el anfitrión de la segunda jornada que se realizará en Silver Spring, Maryland (cerca de Washington, DC) entre el 16 y el 28 de junio de 1997.

En cada jornada habrá facilitadoras tanto del Norte como del Sur, además de un pequeño número de participantes de fuera del "hemisferio" anfitrión. Nuestro propósito es asegurar la continuidad entre los dos grupos: algunas, incluyendo a las facilitadoras, serían parte de las dos jornadas.

Les escribimos para compartir nuestro entusiasmo y ganas de desarrollar este proyecto y para pedirles su participación. ...necesitamos mujeres que quieran ofrecer sus experiencias y conocimientos. Estamos sumamente agradecidas de contar con teólogas feministas como Elisabeth Schüssler Fiorenza, Elsa Támez, Rosemary Radford Ruether, Wanda Deifelt, Letty Rusell, Tania Mara Sampaio y Madonna Kolbenschlag, entre otras, quienes han expresado su interés y apoyo para este proyecto. ¡Necesitamos de Uds. y de sus amigas también! Quedamos a la espera de sus consejos y secretos de jardinería.

Un jardín necesita mucho cariño. Es por esta razón que nos hemos reunido durante una semana para preparar la tierra para lo que vendrá. Estamos comprometidas a cultivar fielmente *"Un jardín compartido"*, abonándolo con nuestras tradiciones de fe, y experimentando con nuevas formas de cultivo ecológico y económico, basadas en nuestro amor a la Tierra. Les invitamos a compartir con nosotras tanto la siembra como la cosecha.

Agradecidas por su interés y esperando su participación,

Judy Ress, Ivone Gebara, Doris Muñoz, Diann L. Neu, Josefina Hurtado, Bridget Lee Cooke, Ute Seibert-Cuadra, Mary E. Hunt

Santiago, Chile, 21 de marzo, 1996
(primer día de otoño/primavera)

HACIENDO LAS CONEXIONES

retrato

CANTERA: Centro de Comunicación y Educación Popular

Desde 1988, el equipo de CANTERA, integrado tanto por nicaragüenses como por extranjeros/as, está ofreciendo a campesinos y pobladores, mujeres y hombres, jóvenes y mayores, niños y niñas de diversas localidades de Nicaragua, una metodología sumamente participativa de educación popular.

Durante los últimos años, el desarrollo de su trabajo las/os ha llevado a introducir la perspectiva de género en todos sus cursos y talleres. Además, han diseñado dos cursos (uno para hombres y otro para mujeres) donde trabajan explícitamente el tema.

En el *curso introductorio para mujeres* (abiertos a coordinadoras y responsables de proyectos con mujeres, trabajadoras sociales y promotoras populares), las participantes reflexionan, a partir de sus propias vivencias y saberes, sobre la construcción de la identidad femenina. También analizan críticamente los mitos, tradiciones, costumbres, leyendas y comportamientos de la vida cotidiana, a fin de reconocer las diferentes formas de opresión de las mujeres y descubrir maneras en que pueden "empoderarse". Al término del curso hay un encuentro de un día con los hombres que participan en el curso sobre masculinidad.

En el *curso de masculinidad* (abierto a hombres interesados en abordar la temática, educadores populares y coordinadores de proyectos), los participantes reflexionan, a partir de la realidad de los hombres y desde su condición de género, sobre la construcción de las identidades masculinas. Además, analizan las raíces de la violencia en los hombres, sus efectos en ellos, sus familias y la sociedad, y su relación con la actual crisis socioeconómica. El desafío es ir buscando pistas metodológicas que permitan desarrollar el trabajo entre hombres para aportar a los procesos de transformación de las conductas masculinas.

Además de sus cursos y talleres, CANTERA ha acumulado una gran cantidad de material educativo que incluye las "memorias" de los procesos de educación popular que han estado llevando adelante por más de ocho años.

Anabel Torres, Directora
CANTERA:
Centro de Comunicación y Educación Popular
Apartado A-52
Managua, Nicaragua
Fono/Fax: (505-2) 780103 y (505-2) 775329

recursos

HACIENDO LAS CONEXIONES

LECTURAS PARA CON-SPIRAR

Amor de mujeres. El lesbianismo en la Argentina, hoy.

Ilse Fuskova (en diálogo con Silvia Schmid) y Claudina Marek. Buenos Aires: Planeta, 1994.

Este libro recoge el testimonio de las autoras (ex-azafata, periodista, fotógrafa y poeta, la una; profesora, catequista y escritora, la otra; ambas activas militantes del movimiento feminista lésbico) en relación a lo que significa ser lesbiana hoy en el contexto socio-cultural de un país latinoamericano.

Sin eludir ninguno de los temas y en una forma directa, Ilse Fuskova y Claudina Marek cuentan cómo descubrieron su propio lesbianismo, el camino que tuvieron que transitar–hacia la visibilidad–momento en que decidieron luchar contra la marginación y la intolerancia de gran parte de la sociedad. La alegría con que viven hoy.

Señala Claudina Marek: "Es alienante no poder decir lo que una es. Se supone que todos lo saben, todo lo demuestra, pero el silencio cómplice de los demás enloquece. ...A quien crea que esto me trajo problemas, le aseguro que no fue así. Por el contrario. El no tener que ocultar ni fingir nada es un canto a la libertad".

La mujer fragmentada: historias de un signo.

Lucía Guerra. Santiago: Cuarto Propio, 1995.

La autora, novelista, crítica literaria y ensayista, señala en la presentación de su libro: "Mi intención fue examinar, a grandes trazos, esta polifonía absurda, mañosamente astuta en una cantata hegemónica que nunca ha dejado de decir cómo es la mujer". En efecto, en este ensayo, Lucía Guerra examina la conceptualización que de lo femenino y la mujer ha tenido lugar en toda la tradición del pensamiento occidental. Son revisados aquí, desde los textos bíblicos hasta las aseveraciones de pensadores contemporáneos como Freud, Jung, Sartre, Lacan y Derrida (pasando por los clásicos de la Grecia antigua y los principales filósofos medievales y modernos). Se incluye también un capítulo sobre la conceptualización feminista del signo "mujer", tal como ésta se ha desarrollado en los EE.UU. y Europa, y también en el ámbito de la reflexión y las prácticas políticas de las mujeres latinoamericanas.

PUBLICACIONES RECIBIDAS:

Alda Facio. ***Cuando el género suena, cambios trae. Metodología para el análisis de género del fenómeno legal.*** Caracas: GAIA, Centro de Mujeres/Mediateca de las Mujeres, AEM-ULA/Fondo Editorial "La Escarcha Azul", 1995.

Luis Pérez Aguirre. ***La condición femenina.*** Montevideo: Trilce, 1995.

Feminaria. Año VII. N° 15 (Buenos Aires, noviembre 1995).

La Boletina. N° 25 (Managua, marzo 1996). Un aporte de *Puntos de Encuentro* a la comunicación entre mujeres.

LOLApress N° 4 (Montevideo/Berlín, marzo 96).. Revista feminista internacional bilingüe (español e inglés).

fem. Publicación feminista mensual. Año 20. N° 157 (México, abril 1996).

La correa feminista N° 14 (México, invierno 1995/1996).

Doble Jornada. Año 10. N° 111 (México, abril 1996).

Argentina

Mabel Filippini
CEASOL
Terrada 2324
1416 Buenos Aires
Tel : 54-1 503-3674
Fax: 54-1 503-0631

Sara Newbery
La Urdimbre de Aquehua
CC 8 (1421)
Sucursal 21 (B)
Buenos Aires

Grupo Ecuménico
de Mujeres
F.E.C.
Pedernera 1291,
San José 5519
Mendoza

Australia

Maggie Escartin
P.O. Box 165
Hunters Hill, NSW, 2110
Fax: 612 879 7873

Bolivia

Centro de Estudios y
Trabajo de la Mujer
Calle Junín 246
Casilla 4947, Cochabamba
Tel: 591-42-22719

Brasil

Ivone Gebara
(dirección temporal)
133, Avenue Churchill
1180 Bruselas
Bélgica

NETMAL
Caixa Postal 5150
09731 Rudge Ramos
Sao Bernardo do Campo IMS
SBC, SP
Fax: 011 455-4899

Costa Rica

Janet W. May
"Entre Amigas"
Apartado 901
1000 San José

El Salvador

Círculo Teológico Feminista
Final 25 Calle Oriente
Pasaje Brasilia # 7-A
San Salvador

Estados Unidos

WATER
8035 13th Street
Silver Spring, MD 20910
Fax: 301 589-3150

CAPACITAR
3015 Freedom Blvd.
Lake Freedom
Watsonville, CA95076
Fax: 408 722-7680

Guatemala

Rebeca Cervantes
"Confregua"
Apartado 793
Ciudad de Guatemala
Guatemala

Nicaragua

Anabel Torres
"Cantera"
Apdo. A-52
Managua, Nicaragua

México

Mujeres para el Diálogo
Apartado Postal 19-493
Col. Mixcóac
03910 México, D. F.

Perú

Rosa Dominga Trapasso
Talitha Cumi
Apartado 2211
Lima 100
Tel: 51-14-235852

Uruguay

Católicas por el
Derecho a Decidir
CC Central 1326
Montevideo
Fono-fax: 598-2-485005

Venezuela

Gladys Parentelli
Apartado Postal 51.560
Caracas 1050 A
Tel : 58-2-524921
Fax: 58-2-9935573

Números ya publicados:

Nº 1: Convocando nuestra red de ecofeminismo, espiritualidad y teología
Nº 2: Re-tejiendo las huellas de nuestro mestizaje
Nº 3: La teología feminista en Asia: transformando una pirámide en un arcoiris
Nº 4: El ecofeminismo: reciclando nuestras energías de cambio
Nº 5: De cuerpo entero
Nº 6: Haciendo memoria: raíces indígenas
Nº 7: Por amor al arte
Nº 8: Desarmar la violencia
Nº 9: Oh María, madre mía
Nº 10: La muerte... de la vida, el otro lado
Nº 11: Nuevas economías
Nº 12: Cuerpo y sanación
Nº 13: Buena nueva, buenas nuevas...
Nº 14: Sombras, brujas, sueños
Nº 15: ¿Hombre y mujer los creó?
Nº 16: Afectos y poderes

Sabemos que son muchos los temas sobre los que quisiéramos intercambiar nuestras reflexiones, nuestras intuiciones, nuestras visiones. Por lo pronto, te invitamos a hacernos llegar tus colaboraciones, ya sea en artículos, entrevistas, poemas, dibujos, ritos, etc., en torno a los temas de los próximos números de *Con-spirando*.

Próximos números de 1996:

Nº17: ¿Etica ecofeminista?
Nº18: Nuestras prácticas políticas y de solidaridad: nudos, motivaciones, desplazamientos

buena mucha
buenas muchas...

sombras, brujas y sueños

¿hombre y mujer
los creó?

afectos y pasiones